

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV

San José, Costa Rica **1932** Sábado 25 de Junio

Núm. 23

Año XIII. No. 591

SUMARIO

En el aniversario de Menéndez y Pelayo	Eugenio Montes	Farewell, Sweet Dust.....	Elynor Wylie
Don Marcelino y la Esfinge	Miguel de Unamuno	Martí y los niños. Martí, niño (2)	Emilio Roig de Leuchsenring
Hechos y hazañas triunfantes de santas	Paladio	No trabajamos pensando que vivimos en el mejor de los mundos	Juan del Camino
Un humorista cubano	Ramón A. Catalá	¿Cuál es la verdadera situación política en el Perú?	El viajero mexicano
Del libro "Vibraciones"	Alfredo Piñeyro Téllez	La edad de la Tierra	Luis Enrique Carrera
Bibliografía titular			
Arcadia en Yanquilandia	Persiles		

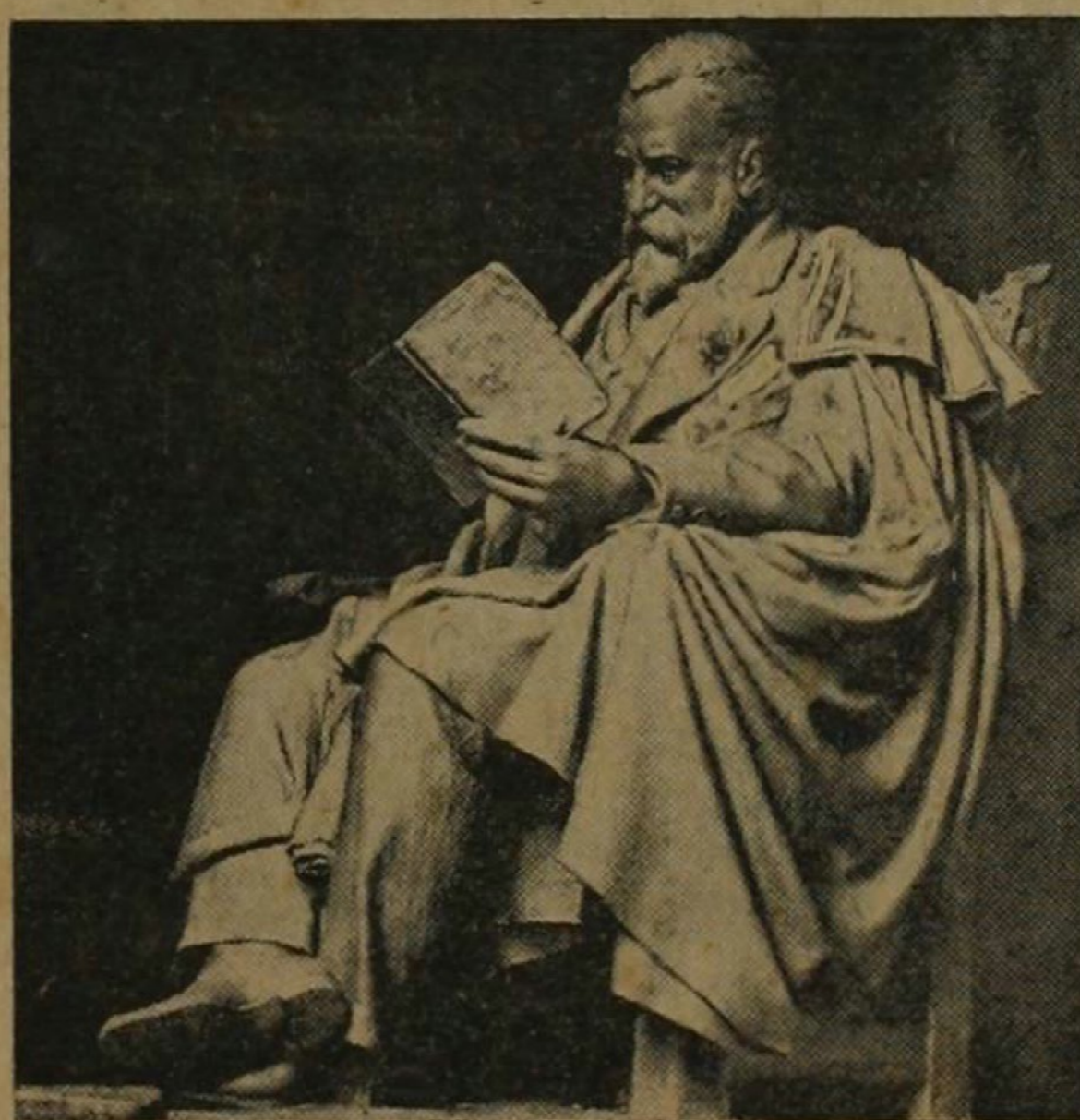
En el aniversario de Menéndez y Pelayo

= De El Sol, Madrid =

20 de mayo de 1912. El segundo año de Instituto. Nostalgias del patio de recreo, con gorras de bedeles y con hortensias azules. Días de primavera y pedagogía. Vieja estampa de Orense, alto de torres y loco de campanas. La clase en pleno, que "copa" Geografía y se va, por esos campos de Dios y de Curros, a ensordecerse con rumor de grillos. El último repaso al "musa-musa", mientras en el jardín del Posio un colegio de mirlos conjuga la voz activa. Entre texto y texto, el periódico. Un número de "La Correspondencia". Toda la primera plana con orla negra. El responso a tres columnas. Retratos y bibliografía. Un señor con barba, sentado en sillón frailuno. Enumeración de cargos. Luego, artículos vestidos de luto. En una y otra línea la insistencia de un título: "Historia de las Ideas Estéticas en España". Un sordo pero irresistible impulso me levanta del banco. A riesgo de perder la matrícula de Latín, un rapaz de doce años sube a la Biblioteca Provincial y busca la primer signatura de su vida. La papeleta decía así: "Autor: Marcelino Menéndez y Pelayo. Título: "Historia de las Ideas Estéticas".

Era del año la estación florida, pero yo debí sentir una sensación estival, agostea. Sobre mi tierna información, aquellas páginas con grandes nombres—Aristóteles, Plotino—, como soles incandescentes, fingían un cielo caliginoso, de trópicos presentidos. Debí quedarme, de puro deslumbrado, ciego de evidencias reverberantes, casi derretido. Desde entonces, durante mucho tiempo, cada lectura de Menéndez y Pelayo renovaba esa impresión primera. Me parecía excesivo y, para decirlo de una vez, enorme. Sólo más tarde comprendí que era simplemente genial. Sólo en tiempos ya cercanos me percaté de que él había dado las únicas normas verdaderas y valiosas con que hoy cuenta la juventud hispana.

Pero para llegar a esta simplici-



Menéndez y Pelayo

Estatua de Lorenzo Coullaut-Valera

Don Marcelino y la Esfinge

= De El Sol, Madrid =

¡Siempre amarrado a lo mismo! Seguía rumiando el pasto amargo de mis inquisiciones sobre la íntima tragedia española engendradora de malcontentos, agraviados, resentidos, resquemorados, puntillosos, recelosos, desesperanzados y desesperados, cuando ha venido a dar a mis manos la nueva edición de la "Historia de los Heterodoxos Españoles", de mi venerado maestro Menéndez y Pelayo, y cuyo séptimo y último volumen acaba de aparecer. ¡Y qué de actualidad! Porque parece de hoy la quijotesca batalla que D. Marcelino libró hace más de medio siglo contra los campeones de la revolución liberal de España. ¡Qué obra de periodista! De periodista, sí.

¡Y no era chica la ojeriza que D. Marcelino le había cobrado al periodismo! Escribiendo de Feijóo decía: "No quiero hacerle la afrenta de llamarle periodista, aunque algo tiene de eso en sus peores momentos, sobre todo por el abandono del estilo y la copia de galicismos". En otro pasaje llama a los periodistas—que parecen ser los encantadores, mandrines y follones de Don Quijote—"mala y diabólica ralea nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber"... y sigue la tirada. En otro, hablando de los "Desengaños del teatro español", de Moratín el padre, decía que "si no eran periódico ni salían a plazo fijo, por lo menos deben calificarse de hojas volantes análogas al periodismo". ¡Hojas volantes! ¡Hojas volantes las Epístolas de San Pablo, a quien un prelado de la Iglesia católica lla-

(Pasa a la página siguiente)

dad admirativa tuve que superar la complicación intelectualista en que se formó mi promoción. A don Marcelino se le han reconocido—no faltaba más—todos los dones del erudito. Se le han regateado, en cambio, virtudes puramente intelectuales. "No era hombre de problemas", me dijo un día un metafísico español. Como en el idioma de nuestro metafísico, lo filosófico se confunde con lo problemático; viendo con exactitud, pero valorando con error, él le ha negado capacidad filosófica. "Donde fallaba—confirma Croce—era en lo filosófico". Vamos a ver, vamos a ver, maestros. El español tiene razón cuando dice que D. Marcelino no era hombre de problemas, ya que, en efecto, fué hombre de soluciones. Pero, a mi juicio, se equivoca al identificar la sabiduría con la voluptuosidad del problematismo. Recae aquí en una superstición típicamente racionalista, supuesto que estima el pensamiento por su potencia para hacer pensar. O sea, hace de la fecundidad del pensamiento, de su proliferación — y tortura consiguiente—, un fin en sí. O aún: mide el pensamiento por los pensamientos virtuales que contenga en un proceso sin término, destinado a no concluir jamás, con lo cual niega en redondo—en círculo hegeliano—la trascendencia de la verdad. Se comprende que, para un ideólogo de raza, delicadamente epicúreo de ideas y conceptos, no haya placer superior a la tortura y la dramática de estar pensando y de dar qué pensar. Ha sido el magnífico vicio de Leibnitz, para quien este nuestro y sublunar era el mejor de los mundos posibles porque es aquel que puede ser "más pensado". Europa no ha conocido nunca corrupción más exquisita. Quiera Dios no ahorrarla ni concederla con largueza.

Así, nuestro metafísico no es injusto con M. y Pelayo. Lo juzga sistemáticamente, con arreglo a su sistema de pesos y medidas. De

acuerdo con sus tablas de la ley. En relación con unos mandamientos que no son los míos. Croce, sí es injusto, en cambio. Comete, en este caso concreto, una injusticia, al negarle virtudes filosóficas a D. Marcelino. Porque para Croce la filosofía es meramente "conciencia de la historiografía". Por lo cual, en buena lógica, debía negarlo como historiógrafo, o suponerlo un inconsciente. No se atreve a tanto. Sería como renegar de la familia. De un mismo linaje de humanistas vienen los dos. Lo que los distingue son sus concepciones acerca de lo humano, precisamente. Para Croce, aquí todo son problemas. Su error consiste en buscar aquí, partiendo de la filosofía que procede del titubeante Renacimiento. Menéndez y Pelayo no busca ni aquí ni allí, sino que encuentra en el más allá. Encuentra nada menos que lo eterno. Por comprender lo divino, comprende más lo humano. Por comprender lo que no muda, comprende lo móvil y lo variable.

Los aciertos de la ingente empresa historiográfica de D. Marcelino son la consecuencia natural de sus certidumbres sobre lo sobrenatural. Esa certeza es la coordenada ideal a la cual refiere los hechos. Por ello valora y mide de un modo distinto a los demás historiadores de su edad. El parte de la convicción de que no hay más historia que la historia sagrada. Mientras todos los otros interpretan a lo profano, él interpreta a la manera sacra. Así rompe con los prejuicios de la época, con los tópicos historiográficos al uso. Ya se sabe

Eugenio Montes

Don Marcelino y la Esfinge

(Viene de la página anterior)

mó periodista! ¡Y hojas volantes las páginas del libro, profundamente periodístico, de don Marcelino! ¡Hojas volantes! Y días, y años, y siglos volantes y voladeros. ¡Y lo que nos remeje el ánimo la relectura de la obra qui-jotesca antiliberal en este siglo al día tan macizo y apretado que se nos está volando!

En otro pasaje dice de Feijóo D. Marcelino que fué "filósofo, sin duda, aunque no de la generosa madera de Santo Tomás, de Suárez o de Leibnitz, sino con esa filosofía sintética y errabunda, a cuyos devotos se llama hoy "pensadores"... ¿El, D. Marcelino? El, el periodista que compaginaba en robustos volúmenes hojas volantes, pensador—o investigador más bien—sincrético y errabundo más que filósofo. Benedetto Croce ha visto muy bien que le faltó filosofía. Y yo, que fui su discípulo directo—y hasta oficial—, que le quería y le admiraba, tengo motivos para creer que la honda filosofía, la contemplación del misterio del destino humano, le amedrentó, y que buscó en la erudita investigación una especie de opio, un anestésico, un nepente, que le distrajera. No se atrevió a mirarle ojos a ojos humanos a la Esfinge, y se puso a examinarle las garras leoninas y las alas aguiliformes y hasta a contarle las cerdas de la cola bovina con que se sacude las moscas de Belzebú. Le aterraba el misterio. Y por esto él, que tan hondamente sintió a Lope de Vega, no llegó a penetrar en todo el trágico sentido de Calderón, el de "la vida es sueño". Y es que temía que este sueño le quitase el sueño.

En todo su juicio sobre el siglo XIX espa-

cómo entendían el proceso histórico en el siglo XIX. Tras la oscuridad medieval, el deslumbramiento renaciente. El hombre se liberta de creencias dogmáticas. Bota el humanismo. Este crece en la Reforma. La independencia alcanza su madurez en el laicismo dieciochesco. El fruto civil de la Reforma es la Revolución. Las luces del saber son las luces plateadas de la enciclopedia. España queda a trasmano de la Historia universal. Es una cosa muerta. Pre o post-histórica. En la Enciclopedia, precisamente, pregunta un francés: "¿Qué debe a España el mundo?" Y se responde: "Nada".

Yergue desde la antigüedad del Pireneo su voz D. Marcelino. "La voce sua era como la voce di un popolo intero", dice Farinelli. Toda España estaba en su grito. El cántabro le grita al mundo: "Todo".

Le debe—pensaba él—la posibilidad de que se hable de "historia universal". Le debe la fe en la continuidad de la cultura, la fe en la comunidad de destino, la fe en la persistente grandeza de lo espiritual, a través de la servidumbre del espacio y del tiempo. Ahí van las pruebas, concluye. Y prueba con cincuenta libros.

En el modo de concebir la Edad Media y el Renacimiento, la Reforma y la Contrarreforma, se anticipa Menéndez y Pelayo a los alemanes de hoy. Su obra empieza en nuestro tiempo a ser actual, a los veinte años de su muerte.

"No se muere del todo", dice un oficio litúrgico. Se nace a mejor vida.

ñol, el de la revolución liberal, se ve que don Marcelino no logró penetrar en el fondo de él, no logró ver la agonía de una fe que se le antojaba sin heterodoxias apenas, no logró percatarse de todo lo que había, en que casi ningún español medianamente culto creyese que fuera de la iglesia no hay salvación, que el que se muere sin aceptar sus dogmas—ni aunque sean el de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma—se condene por ellos apenas eternas, ni pudiese creer en estas penas, y con ello ni en eternos goces. Don

Marcelino no llegó a tocar el fondo de la tragedia espiritual nacional, nacida del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, y que fué, no que nuestras clases cultas, burguesas, hubiesen perdido la fe en la religión católica como freno de malas pasiones, por temor al castigo y amor al premio de ultratumba, que esto no es más que ética o acaso política y carece de grande y eterna importancia, sino que habían perdido la fe rigurosamente religiosa, la esperanza más bien como consuelo del delito mayor del hombre, que es, según Calderón, el de haber nacido. D. Marcelino no vió que la Iglesia católica española, la clerical, la de la Contra-Reforma, la jesuítica, se constituyó en policía, y no vió las desesperaciones a que conducía a los espíritus renacientes, reformados y revolucionados, la incertidumbre de su propio destino y de su vocación íntima. ¿Es que no vió toda la tragedia, por ejemplo, de aquel pobre don Benito Balla, matemático de fines del siglo XVIII, a quien se le dió su casa por cárcel por haberse confesado "reo de vehementes dudas sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma?"

Empiezan ya a resucitarse juicios de don Marcelino en su periodística "Historia de los Heterodoxos Españoles", y se parece querer proseguir en su incompreensión—¡y cuán comprensivo era en todo lo demás, y, sobre todo, en estética!—del último fondo de la revolución religiosa—que no fué otra cosa—de la España de los Borbones. No vió que la llamada Contra-Reforma, la española, llevaba en sí todo el jugo de la Reforma, la germánica y aun la ginebrina, contra que luchaba; no vió que la cruz de una cara es, a la vez, la cara de una cruz. Y aun siguen sus continuadores sin atreverse a mirar ojos a ojos humanos a la Esfinge. Y siguen hasta contándole las últimas cerdas que le han salido en la bovina cola con que se sacude las moscas de Belzebú; siguen escudriñando los servicios que a la llamada "ciencia española" rinden éstos o aquellos eruditos y diligentes padres espirituales y teográficos; siguen sin querer comprender que la cruz no puede ser cetro de rey, y menos de rey de este mundo, sino símbolo de consolación dolorosa y acaso de esperanza desesperada; siguen sin querer darse cuenta de que la Policía—tal es la moral—es cosa del César, y que de Dios es la religión, el sueño del divino sueño con que nos sueña.

Volveremos, pues, a nuestro—¡y tan nuestro!—D. Marcelino y a sus voceros de hoy, ya que sus días de periodismo anti-periodístico han vuelto. Y aquí estamos, con estas hojas volantes, que son estos nuestros comentarios... periódicos.

Miguel de Unamuno

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

Hechos y hazañas triunfantes de santas

Por Paladio, Obispo de la ciudad de Helenópolis, santo varón gálata que floreció a fines del siglo IV y principios del V de Nuestro Señor y que escribió en griego, en Constantinopla, en el año 420.

= Versión de S. de la S. para Rep. Americano =

Ahora es necesario que recordemos a las escogidas y poderosas mujeres a quienes Dios también dio una igual medida de fuerza de voluntad que a los varones, para que no pudieran tener causa de debilidad en el cumplimiento de la obra de excelencia ascética.

Había cierta virgen que era monja y que vivía con otras dos monjas, y había llevado vida de abstinencia y de voluntaria negación de todo deseo por espacio de nueve o diez años. Y habiendo sido seducida y descarriada por cierto cantador de salmos, tropezó, y cayó, y concibió, y dio a luz criatura; y ahora odiaba con plenísimo odio a aquel que la había seducido. Arrepintiéndose con arrepentimiento perfecto y siguió arrepintiéndose con tal vigor que se excedió de los límites de lo que era bello en eso; y observaba tales ayunos con tal severidad, que bien cerca estuvo de morir de hambre.

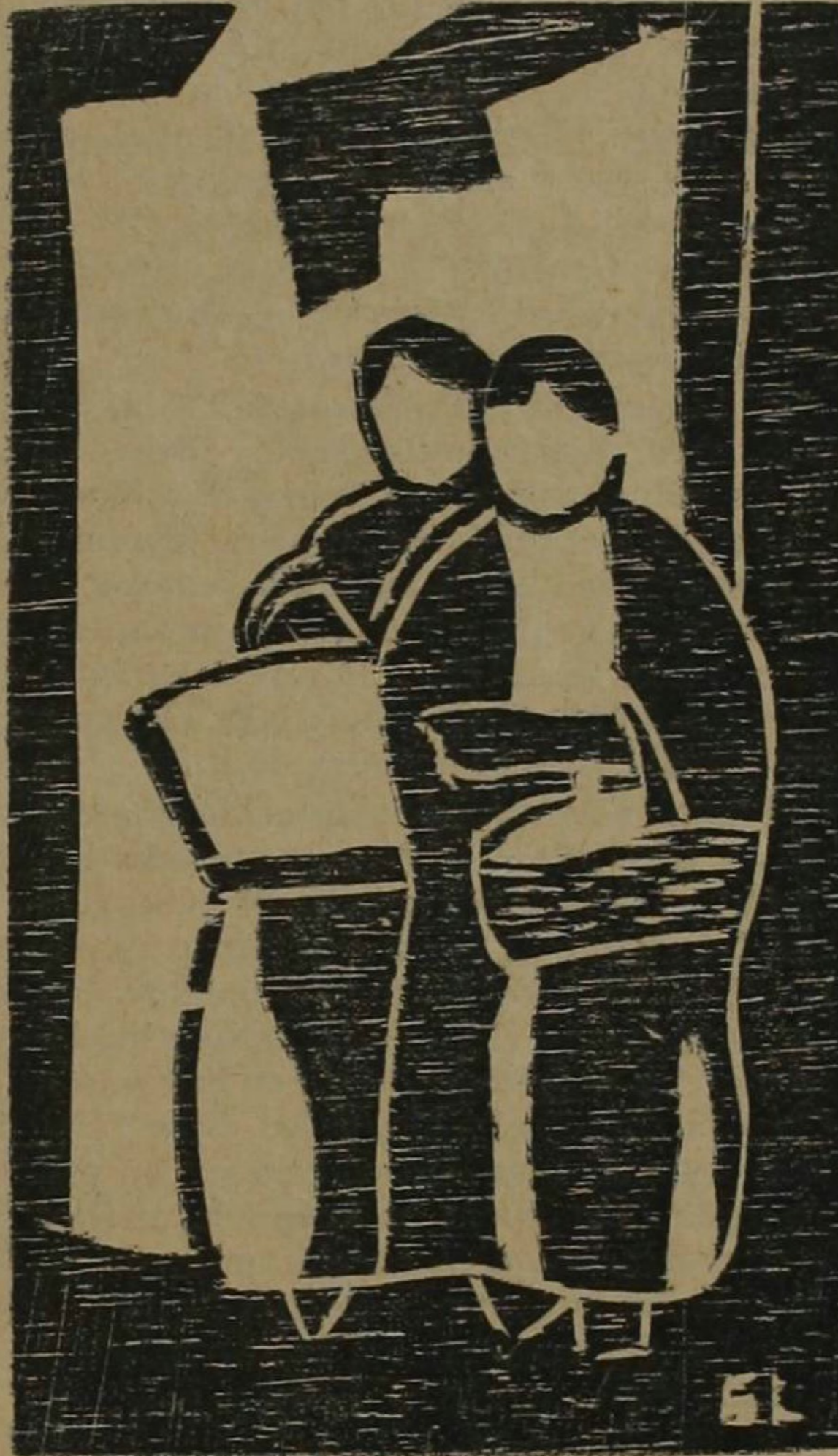
En sus oraciones acostumbraba suplicar diciendo: "¡Oh, Dios, Tú que soportas y sostienes entera la creación, y no desees la muerte ni la destrucción de aquellos que yerran y cometen pecado, si desees que viva en Tu presencia, muéstrame señal maravillosa a ese respecto, y recógeme esta fruta de pecado que he parido, no sea que, porque no puedo alcanzar la castidad de nuevo, me mate a reproches y vergüenza".

Y habiendo hecho semejante súplica, fué oída y el que había nacido de ella no duró mucho espacio con vida. Y desde el día en que hubo caído en adelante, no volvió a ver jamás a quien la sedujo y llevó cautiva, ni volvió a conversar con él, sino que se dio a ayunos frecuentes y a servir a mujeres atacadas de enfermedad; y esto por un período de treinta años.

Y al fin Dios aceptó su arrepentimiento y le hizo revelación a cierto santo respecto de ella, diciéndole: "Tal y tal mujer me es más grata por su penitencia que por su virginidad".

Ahora bien, escribo estas cosas para que si alguien observa alguna regla de vida que le plazca al Señor, haya cuidado de no caer, y para que, así cayere, tropezando en lazo tendido y cayendo en trampa, no desespere y quede caído, sino más bien se apoye en el cayado de la Misericordia Divina y revistiéndose por medio del arrepentimiento con las ropas de la sencillez y de la humildad, recobre fuerzas bastantes para levantarse de nuevo, pues no debemos despreciar a quienes verdaderamente se arrepienten.

Y cierta virgen, hija de uno de los mayores de la iglesia de Cesarea de Palestina, habiendo sido seducida y descarriada por un hombre, cayó, y su seductor la instruyó que acusara a cierto



Madera de Laporte

lector de la iglesia de la ciudad. Y habiendo llegado el tiempo cuando su concepción se supo, y habiéndola llamado su padre a que confesase la cuestión, ella acusó al lector, y el anciano mayor, su padre, al oír eso y como quien creía implícitamente en ella, puso al Obispo al tanto del asunto. Por cuanto el Obispo tocó el altar con sus manos y ordenó que el lector fuese llamado, y éste, viendo que se le investigaba, se negó a confesar que él fuese el culpable; pues ¿cómo sería posible que se acusase a sí misma de lo que no había cometido? Y el Obispo, enojado, díjole: "¿No habrás de confesar, desgraciado y sucio hombre, lleno de culpa y de inmundicia?"

Y el lector le contestó diciéndole: "Maestro, respecto de esta cuestión no tengo ni conocimiento ni sentimiento, pues de todo ello están el alma y la mente más limpias, y pensamiento ninguno acerca de esta mujer jamás ha penetrado en mi mente. Mas si es tu voluntad oír lo que jamás ha sucedido, diré que he cometido esa ofensa".

Y habiéndole oído expresarse así, el Obispo inmediatamente echó al lector de su puesto. Y el lector se acercó al prelado entonces y le dijo: "Maestro, puesto que he tropezado y caído, ordena que la mujer me sea dada como esposa, puesto que ya no soy clérigo y ella ya no

es virgen". Y el Obispo así lo hizo considerando que el antiguo lector estaba cautivo de amor por pensar en la mujer y no podía libertarse.

Y cuando el lector recibió a la que ya no era virgen, derechamente la llevó a ponerla en una casa religiosa para mujeres, y le rogó a la que servía a las hermanas que, desde ese instante, hubiese gran cuidado de ella. Ahora, a poco tiempo de eso, le llegó su hora a la mujer de dar a luz el fruto que había concebido, mas la pobrecilla no podía echar fuera a su criatura, y aunque a duras penas soportaba los fuertes y violentos dolores del parto que la llevaban, cada vez, más cerca de la casa de la muerte, la criatura no le salía. Y pasaron uno y dos y tres días, hasta el séptimo, cuando, por razón de sus intensos y frecuentes sufrimientos, la mujer estaba al borde de Sheol, que es la perdición; y ni comía, ni bebía, ni dormía, sino sólo lloraba a gritos, diciendo: "¡Ay de mí, porque muero e hice acusación falsa de paternidad contra tal y cual lector!"

Las mujeres que estaban a su redor bien la oyeron, y fueron adonde el padre de ella y lo informaron de este asunto; mas el mayor, temeroso de haber incurrido en grave castigo por haber sido acusador del lector, decidió guardarse de decir palabra, y así estuvo, haciéndose el desentendido, dos días más; y mientras tanto la joven parturienta ni se aliviaba de sus dolores, ni moría. De manera que las monjas ya no pudieron más con el dolor que les daba oír los terribles alaridos y fueron donde el Obispo y le informaron diciéndole: "Tal y cual mujer ya tiene nueve días de gritar y de confesar que falsamente acusó al lector de paternidad".

Y habiéndolas oído, el Obispo envió diáconos al lector para decirle: "Ruega que la mujer que te acusó tenga alivio". Pero el lector no respondió palabra. Y es de saber que, desde aquel día en que fue acusado, no había abierto su puerta, y pasaba el tiempo entregado sólo a rogarle a Dios suplicándole que ordenase que de algún modo se manifestase la verdad de esta cuestión.

Y el padre de la joven fue donde el Obispo, y en la iglesia se hicieron rogativas, pero ni aún así recibía alivio la que estaba penando. En vista de lo cual levantóse el Obispo y fue donde el lector, y llamó golpeándole la puerta, y el lector le abrió en persona y el Obispo entró y le dijo: "Eustacio, levántate y desata lo que ataste". Y al instante el lector se arrojó junto al Obispo y ambos le rezaron a Dios y en el mismo momento la mujer daba a luz.

Así, por la súplica de este hombre y su constante persistencia en la oración, se pudo averiguar la verdad de una in-

justicia, y llamar a confesión y penitencia a la que había sido acusadora falsa, quien desde ese día en adelante llenó de buenas obras los días de su vida; de lo cual debiéramos aprender a ser constantes en la oración y a reconocer su poder cuando se la ofrece a Dios con el hon-do sentir del corazón entero.

Y ahora os deseo narrar la excelente historia y el gran arrepentimiento de Thaís o Tahisis, bienaventurada mujer, porque hablar de ella es excelentísima cosa, llena de aliento y de penitencia del alma para quienes aman a Dios.

Esta mujer tenía madre quien, porque su hija era bella de rostro, la hizo tomar lugar en el mercado, y el rumor de su belleza se extendió a todas partes, y aun aquellos que vivían muy lejos grandemente deseaban verla; y nadie que la veía, si era hombre, quedaba satisfecho con sólo verla el rostro, porque ella encendía una como llama de fuego en los corazones de quienes la miraban, y muchos, por razón de la locura del amor que la tenían, le vendían a los padres de la bella mujer cuanta propiedad poseían para poder gozar de esa belleza en comercio carnal.

Y cuando Besarión, siervo de Dios, oyó contar estas cosas respecto de esta mujer, que por medio de su belleza arrastraba a tantos a la destrucción, se vistió con ropajes del mundo y tomó un dinar consigo y se lo dio a ella; y habiéndole tomado el dinar, ella le dijo: "Vamos dentro". Y él a ella: "Sí, sí, entremos".

Y habiendo entrado, el bienaventurado Besarión vio el lecho que estaba allí tendido, y era muy alto, y la mujer le dijo al anciano: "Vamos, sube al lecho". Y le dijo él a ella: "¿No tienen dentro de este cuarto una recámara?"

Y ella le respondió: "Es cierto". Y él la dijo entonces: "Vamos allá".

Y Thaís le contestó diciéndole: "Si es que tienes vergüenza de que haya hombres que te vean en esta cámara, no hay aquí hombre ninguno; mas si es a Dios a Quien temés. El puede vernos no importa adonde entremos".

Y el bienaventurado varón Besarión, al oír estas palabras, le dijo: "¿Sabes, pues, hija mía, que Dios existe?" Y ella le respondió: "Sí sé que hay Dios, y que será Su reino, y que habrá Su juicio".

Y él la dijo: "Pues sabes que hay Dios y que será Su reino y que habrá Su juicio, ¿por qué destruyes de este modo a los hombres?"

Y al momento la mujer se arrojó a sus pies, y díjole: "Sé que hay arrepentimiento para quienes pecan. Te ruego, maestro, esperarme tres horas, y lo que desees hacerme por causa de los muchos males que han sido obrados por mí, hazlo". Y habiéndole dicho en qué lugar la esperaba, él la dejó y se fué.

Y en aquella misma hora la mujer tomó todo cuanto había ganado en fornicación y lo quemó en una hoguera en medio de la ciudad, y decía: "¿Venid, cuantos habéis tenido comercio conmigo y ved con vuestros ojos cómo quemó cuanta posesión alcancé por el pecado!"

Y las cosas que dio al fuego valían trescientas mil libras de oro, y había

bienes y artículos de lujo, y ropas, de toda clase; y cuando hubo quemado cuanto poseía, llegó donde el bienaventurado varón Besarión.

Cuando Besarión la vio la tomó de la mano y la condujo y llevó a una casa religiosa de hermanas, y la encerró en una pequeña celda que tenía sólo una ventanilla, en el muro, por la que una mujer le pasaba alimento. Y el bienaventurado Besarión le dijo a la cabeza de la casa: "Dadle una libra de pan al día, y el agua que haya menester". Y la bienaventurada mujer Thaís le dijo al venerable Besarión: "¿Con qué petición me ordenas que le ruegue a Dios para que me perdone mis pecados?"

El bienaventurado Besarión le dijo: "No eres digna de rogarle a Dios, ni de pronunciar con tus labios Su Nombre, ni de alargar la mano hacia El; porque tus labios están sucios y polutos, y tus manos contaminadas de impureza. Sólo, pues, te sentarás mirando hacia el Oriente, y no dirás sino "¡Oh, Tú que me creaste, ten compasión de mí!"

Y habiendo vivido en la celda por cosa de tres años, el bienaventurado Besarión se apiadó de ella, y el santo varón fue donde el Abba Antonio para saber de él si Dios había perdonado o no sus pecados de ella. Y habiéndole hablado de ella a Antonio, ese bendito varón llamó a sus discípulos, y les dijo: "Enciérrase cada uno de nosotros en su celda toda esta noche y ruéguele a Dios que veamos a quién ha de serle revelado aquello respecto de lo cual ha venido hoy donde nosotros el bienaventurado Besarión".

Y cuando todos habían hecho según se les había ordenado, y cuando un largo tiempo hubo pasado, el bienaventurado Paulo, principal de los discípulos de Mar Antonio, miró abiertos los cielos y vió allí que tendían un lecho muy espléndido, y tres ángeles, que llevaban tres lámparas, hacían guarda frente al lecho y sobre el lecho resplandecía corona de gloria. Y habiendo tenido esta visión gloriosa, dijo: "Este lecho no puede ser sino para mi padre Antonio".

Y entonces una voz vino del cielo diciéndole: "Este lecho no es para Antonio, tu padre, sino para Thaís la prostituta"; y temprano en la mañana el bienaventurado Paulo se levantó y relató la visión que había tenido.

Y el bienaventurado Mar Besarión regresó de donde el Abba Antonio con gran júbilo y fue a la casa religiosa de las hermanas, y abrió la puerta de la celda para ver que saliera de ahí la mujer que estaba recluida; mas ella le rogó diciéndole: "¿Déjame aquí hasta que muera porque son muchos mis pecados!"

Entonces el santo varón le dijo: "He aquí que el misericordioso Dios se ha apiadado de ti y ha aceptado tu arrepentimiento". Y entonces sí quiso salir ella de la celda, y le dijo a él: "Créeme, padre, que desde el día en que entré en esta celda, he hecho de todos mis pecados una fuerte carga y la he puesto delante de mis ojos de tal modo que, así como el aliento que respiro no se ha separado de mí, así tampoco se han se-

parado de mi contemplación arrepentida mis pecados, hasta esta hora".

Y el bienaventurado Besarión le dijo: "Dios no te ha perdonado tus pecados por premio de tu arrepentimiento sino por razón del pensamiento que tenías, de que te entregarías a Cristo".

Y después de su arrepentimiento esta bienaventurada mujer Thaís hizo quince días más de vida, y partió en la paz del Señor. Tal fue la coronación de la bienaventurada Thaís, la que se perdió y fue hallada, la que murió y revivió por gracia de Cristo. Cuyos son el honor y la compasión y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Había cierto hombre del mundo que deseaba hacerse monje, y tenía una hija que le rogaba la llevase consigo al monasterio; y era ella doncella, y él la suplicaba, diciéndole: "Si quieres hacerte monja, déjame llevarte a una casa de vírgenes"; pero ella le dijo: "No puedo separarme de ti". Y su padre, muy preocupado viéndola llorar noche y día y oyéndole pedirle que no se apartase él de ella, se decidió a llevarla consigo, y le cambió el nombre para que no se conociese que era mujer. Y su nombre había sido María, pero su padre la dio el de Mariano como si hubiera nacido varón; y puso el éxito de ello encomendado a Dios, y la tomó consigo y la llevó a un monasterio sin que nadie percibiese que Mariano era muchacha, y al cabo de varios años el padre de Mariano murió tras de haber hecho excelentes obras de vida monástica. Y el archimandrita, viendo que Mariano trabajaba esforzadamente y que sobresalía en excelencias espirituales, se alegró en él y, sin saber que no era muchacho, ordenó que no se le enviase a mendigar en los caminos por ser tan niño; y los hermanos tuvieron envidia de Mariano porque no los acompañaba cuando salían a pedir por el amor de Dios.

Y cuando el archimandrita vio que los hermanos tenían envidia de Mariano porque no salía a mendigar en los caminos como ellos hacían, llamó a Mariano y le dijo: "Puesto que los hermanos te envidian porque no haces como ellos, te ordeno que lo hagas". Y Mariano se postro delante del archimandrita y le dijo: "Cuanto tú me mandes lo haré con alegría, ¡oh, padre!" Y los hermanos del monasterio en que vivía Mariano, siempre que salían a pedir por el amor de Dios en los caminos, solían visitar la casa de cierto creyente, para descansar allí un poquito y refrigerarse, y habiendo Mariano salido en obediencia de la orden del archimandrita, este creyente a quien los hermanos solían visitar lo vio (que bien conocía a todos los hermanos, pues tenía costumbre de ir amenudo al monasterio); y cuando el creyente vio a Mariano era la hora en que ya anoche-cía, y lo tomó consigo, y lo llevó a su casa para que descansase allí la noche.

Y el creyente tenía una hija doncella, y esa noche en que Mariano se hospedó en su casa cierto hombre la sedujo, y el que se había echado sobre ella y la había seducido la ordenó diciéndola: "Si tú padre te dice ¿Quién te ha seducido? Le

responderás: Sedújome Mariano el monje". Y en cuanto Mariano se hubo despedido, el padre de la doncella violada se dio cuenta de que había sido seducida y le preguntó: "¿Quién te sedujo?" y ella le dijo: "Mariano el monje fue mi seductor".

Y el padre de la doncella violada se levantó al instante, y llegó al monasterio, y habló llorando delante del archimandrita y de toda la hermandad, y les dijo: "¿Qué ofensa cometí contra vosotros para que violarais a mi hija?" Y cuando el archimandrita oyó esto se conmovió grandemente, y le replicó: "¿Qué dices? ¿Quién ha seducido a tu hija? Dímelo para expulsarlo al instante del monasterio". Y el hombre respondió: "Es Mariano el monje el seductor de mi hija".

Ordenó el archimandrita que se llamase a Mariano para arrojarlo del monasterio, pero habiéndosele buscado por todo el edificio no pudieron hallarle, pues andaba en un mandado fuera del monasterio; y el archimandrita le dijo al padre de la doncella violada: "Nada hay más, sino esto, que pueda yo hacer: Cuando Mariano regrese de esos caminos, no le dejaré entrar al monasterio", y ordenó a todos los hermanos del monasterio diciéndoles: "Cuando Mariano regrese, no se le dejará entrar".

Y cuando Mariano regresó no le permitieron entrar, y lloró a la puerta del monasterio, y dijo: "¿Qué ofensa he cometido que no se me deja entrar al monasterio?" Y el hermano portero le respondió: "No se te deja entrar porque sedujiste a la hija del creyente a quien los monjes acostumbaban visitar". Y Mariano le rogó al portero diciéndole: "Por vida del Señor, entra, y persuade al archimandrita de que me deje entrar al monasterio, y fuese lo que fuera que él me ordene hacer por causa de mi caída, yo lo haré". Así fue que el portero entró y le dijo al archimandrita cuanto Mariano había dicho, y el archimandrita le repuso: "Ve y dile a Mariano esta razón: Porque hiciste esa cosa, nunca más me verás la cara; vete adonde mejor te plazca ir!"

Cuando Mariano oyó esta razón se afligió sobremanera, y se sentó a la puerta del monasterio y permaneció allí día y noche, y lloraba por lo que le había pasado; y les rogaba a cuantos entraban y a cuantos salían que le suplicasen al archimandrita en su favor, y aunque muchos así lo hicieron con toda clase de peticiones para que dejase entrar a Mariano al monasterio, ninguno persuadió de ello al archimandrita.

Y cuando la doncella violada, por causa de quien Mariano había sido pisoteado en el polvo, hubo dado a luz un varoncito, el padre de ella tomó a la criatura nacida de su hija y se la llevó a Mariano, y le dijo: "Aquí tienes a tu hijo, tómalo y crialo". Y Mariano tomó al niño y exclamó: "¡Gloria sea dada a Dios que puede soportar a pecadores como yo!" Y todos los días llevaba a la criatura al monte donde se guardaban los rebaños del monasterio, y allí le daba leche de cabra, y una vez alimentado el niño, volvía a su puesto a la puerta

del monasterio, y no dejaba ese lugar sino como hemos dicho, para atender a la necesidad de la criatura, a la que dormía cantándole salmos con voz tierna y triste a la vez, de tal manera que conmovía profundamente a quienes le oían y les arrancaba lágrimas, de modo que quienes allí entraban y salían se unían a él, suplicados por él, en sus continuas oraciones a Dios para que le fuese perdonado su pecado. Así pasaron cuatro años y el llanto no se secó jamás sobre sus mejillas, y muchos había que sufrían de verle, y a quienes se detenían para mirar al bello niño Mariano les decía: "Rogad por mí, que caí en pecado de fornicación y esta criatura es fruto de ello". Y al cabo del tiempo que hemos dicho Dios puso en la mente del archimandrita que dejase entrar a Mariano al monasterio, pues la gran misericordia del joven monje le fue revelada, que lloraba por pecado ajeno, y Dios asimismo ordenó al archimandrita que le abriese la puerta.

Y en cuanto Mariano supo, del hombre que de antemano le avisó, que le dejarían entrar, al instante se levantó de donde estaba sentado, y se postró delan-

te del Señor y exclamó: "¡Gloria sea a Ti, oh Señor, que Te has dignado acordarte de tan gran pecador que soy! Gracias Te ofrezco por todas las bondades que me has hecho. ¿Qué podría darte en cambio? Pues primero me hiciste el don de este ángel y luego me abriste la puerta del monasterio delante la cual pensé morir expiando Tú sabes qué pecado".

Y en cuanto llegaron donde él aquellos a quienes se les había enviado a dejarlo entrar, Mariano se humilló delante del archimandrita y delante de toda la hermandad y lloró, y en sus brazos y contra su pecho llevaba cargado al niño, y con suspiros y lágrimas y con gemidos, díjoles: "Perdonadme, oh maestros y padres míos, el que haya provocado yo la ira del Señor con mis maldades y que os haya causado contratiempo y aflicción tan grandes; mas rogad por mí que el pecado me sea perdonado que tan grandemente pequé".

Y después de muchos años Mariano, habiendo sobresalido en grandes obras de excelencia espiritual, le entregó el alma al Señor, y ninguno de los hermanos jamás lo había visto sonreír sino sólo el niño pequeño que él había criado con tan grande amor; los demás, al contrario, sólo llorar y gemir lo habían visto. Y cuando hubo muerto los hermanos lo desnudaron para untarlo de óleo, como es costumbre, y entonces vieron que Mariano era mujer. Por cuanto corrieron y llamaron al hombre que había acusado a Mariano, y cuando vino y vio a María a quien la muerte le había arrebatado el disfraz de varón, grandemente se maravilló, y rogó con toda el alma a Dios perdón por la pena y el dolor que le había causado a doncella tan santa. Y cuantos vieron o supieron este suceso, glorificaron a Dios que tiene santos que tan valientemente luchan en Su Santísimo Nombre.

INDICE



ESTAS OBRAS DE WALDO TRINE:

<i>Renovación social</i>	© 2.00
<i>La ley de la vida</i>	2.00
<i>Las facultades superiores.</i> (Mente y Espíritu)	2.00
<i>En armonía con el Infinito</i>	2.25
<i>El Mundo en la mano.</i> (Dominio de la voluntad)	2.00
<i>Mi filosofía y mi religión</i>	2.00
<i>Vida nueva</i>	2.00
<i>Lo mejor de lo mejor</i>	1.25
<i>La formación mental del carácter</i>	2.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

San José, Costa Rica, mayo, 1932.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Un humorista cubano

= Envío del autor =

"El que no ha sufrido, ¿qué sabe?" Esta desolada pregunta de Goethe me viene a la mente, después de leer y releer los versos, llenos de hondo y amargo humorismo, que ha escrito Alfredo Piñeyro Téllez.

No son los versos de un poeta trascendental, que sueña con la gloria y aspira a que se le tenga por un superhombre. Son las producciones de un alma henchida de amor y de dolor, que resuella por la herida del desengaño; son los chispazos de una mente que lo sabe todo, porque lo ha sufrido todo; son el consuelo que encuentra, contra lo absurdo, el poeta ingenuo que se creía familiarizado con todo lo malo, a fuerza de ser azotado por la adversidad, y no vuelve de su asombro al tropezar todos los días con lo malo que encierra el mundo; tarde se entera de que el mal—como el abismo—no tiene fin.

En estos estados espirituales escribe Piñeyro Téllez sus versos amargos, fáciles, copiosos, como si se le rompiera un collar interior y pugnasen las cuentas por salir todas juntas. Este es el carácter de las estrofas de Piñeyro, lo congénito, lo intuitivo de su labor artística. Leídas sus producciones, página por página en esta colección interesantísima, parece que todas fueron escritas el mismo día. Son todas, como las rimas de Bécquer, hermanas legítimas, encarnaciones de una misma cópula mental.

Se ha dicho, sin razón, que el humorismo no produce sino obras de tono menor en la literatura. El fundamento de ese criterio está en el lector más que en la obra. La mediocridad se entusiasma fácilmente con los párrafos sonoros, aunque estén vacíos; con las estrofas de lirismo sentimental, aunque las ideas no aparezcan por ninguna parte. El lector avisado, buen catador, sin embargo, prefiere una estrofa de Bartrina a toda la garrulería con que deslumbran a la muchedumbre centenares de odas, letrillas y décimas escritas por sus anónimos contemporáneos.

El humorista, como el satírico, es un discordante, que va contra la corriente y a quien la humanidad ve con malos ojos, como es natural, porque a nadie le gusta que le echen en cara sus defectos. Todo eso hace que el cultivador de ese género difícil, tarde en adquirir popularidad o que no la alcance nunca. Muchos de los lastimados, fingen ignorarlo. Los mismos que lo comprenden no lo aplauden sin discutirlo: por eso el humorista es más grande mientras más lo niegue el vulgo.

Por las razones consignadas, no es Piñeyro Téllez un vate a quien las muchachas frívolas le corran detrás para que les ponga un versito en su álbum. Su intenso "yo interior", nacido de la visión clara de su propia personalidad, lo hacen



Alfredo Piñeyro Téllez

un poco huraño, y esquivo polemizar sobre arte, como no sea de un modo solemne y trascendental. La inspiración es para él una función cuasi divina, como la maternidad, y sus hijos intelectuales no se parecen más que a su propio ser moral. El mismo monorrismo de su producción, su decidida preferencia por el dístico le da fuerte personalidad. No hay asomo de mimetismo en su obra. Su arte es espontáneo y en consonancia con su carácter expeditivo, no gusta prevenir al lector con muchos requilorios, sino que le dice pronto, en pocas palabras, con precisión, lo que quiere decirle. Esta es otra de las excelencias de la obra de Piñeyro Téllez, la fuerza de síntesis, su sobrio decir. Es un poeta moderno, no modernista, del tipo que las corrientes contemporáneas depuran y que no tardará en cristalizar varonil y arrogante, sin deformidades ni equívocos.

Es el ideal con que sueña el sano vanguardismo para toda la exteriorización artística. El escritor, el poeta, el pintor, deben saber expresarlo todo en un párrafo, en un dístico, en cuatro pinceladas, suponiendo ya al mundo con una comprensión tan formidable que nada se le escape. Necesitamos—como ha dicho Marinello—más talento para entender la obra de arte, que para producirla.

En la literatura cubana no abunda el humorismo, propiamente dicho.

El alma atribulada del esclavo no podía tener sino explosiones, trágicos arrebatos, de desesperación. Su melancolía era—en los tiempos coloniales—una forma contenida de la cólera y carecía de la serenidad para el discurrir filosófico y para la honda observación mundana en que el humorismo se inspira. El mismo ciudadano de la república, que ha sucedido al colono, tiene todavía graves inquietudes que le impiden esos desdoblamientos espirituales. Hubo y hay, sin embargo, entre los autores cubanos, lozana producción festiva; el género cómico, en prosa y verso, tuvo y tiene felices cultivadores; la sátira fué y es agresiva y tal vez demasiado personal. El viejo "calembour", el chiste incisivo de los tiempos pretéritos, han dejado paso, por desgracia, a la frase grotesca, que nada respeta y de todo se burla, iconoclasta e irrespetuosa, creando un género novísimo, tan generalizado y admitido que gozamos con voluptuosa inconsciencia cuando oímos llamar a la amada isla el país del choteo, "el clásico país del choteo". ¡Abominable clasicismo!

Por fortuna, los brotes humorísticos de Piñeyro Téllez no pueden catalogarse dentro de esa tendencia "clásica". Más bien podría decirse de ellos que representan un evidente antagonismo contra lo grotesco, que es la esencia de aquel

Del libro "Vibraciones"

= Envío del autor =

VIBRACIONES

Si piensas en lo alto, tú te enalteces,
deja a los pequeños sus pequeñeces.

Ni en mi mente, ni en mi pecho, nada guardo, nada escondo:
cuando pienso, pienso alto; cuando siento, siento hondo.

Por pensar alto, por sentir hondo, por hablar claro,
sólo por eso, muchos me tienen por hombre raro.

SOLO SÉ

No sé quién soy,
ni de dónde vengo,
ni adónde voy.

Sólo sé que he vivido;
es decir, que he sufrido.

ACÉFALO

Tú sabes que soy sincero,
que me pierdo mi franqueza;
mucho más que tu cabeza,
lo que vale... es tu sombrero.

¿Por qué nos causa extrañeza
ver los hombres con sombrero,
con sombrero y... sin cabeza?

LUPUS

¿Qué es el hombre sino la bestia doméstica del hombre?
pero latente su instinto de maldad, ¡devora al hombre!

En este mundo, señor,
—no se asuste, ni se asombre—
el lobo ¡ya se hizo hombre!

DURA LEX

Trabajar para comer,
comer para trabajar;
¿"esto" la vida ha de ser?
¡como el buey...! no más que arar?

¡Qué "humana" la inicua ley,
que convierte al hombre en buey!

(Pasa a la página siguiente)

género. La pluma de Piñeyro Téllez no pierde nunca la majestad, ni la compostura de lo discreto, de lo equilibrado. No pretende divertir, sino advertir. Sus rimas no aspiran a la carcajada, sino a la sonrisa. El verdadero humorismo debe ser una admonición, que haga fruncir el ceño al lector, como sacudiéndolo para un cambio de frente en sus falsas opiniones. ¡Ojalá que en nuestros cenáculos surjan muchos que cultiven ese género en que descuella Piñeyro Téllez! Eso indicaría un síntoma de madurez, de progreso, de refinamiento y, sobre todo, un aviso de que nuestro "clasicismo" aspira a regnerarse. Siga Piñeyro Téllez cultivando su agudeza intelectual, para que los chispazos humorísticos de su ingenio sean consuelo de su escepticismo enervante. Porque Piñeyro Téllez es un torturado. De esos hombres a quienes nada les gusta, ni nada deja de gustarles. Su indiferentismo nace de la hartura de un ansia insaciable. A fuerza de amar tanto, no se ha conformado con un solo amor. Persigue el imposible, seguro de no alcanzarlo nunca. Peregrino infatigable, ha recorrido el mundo entero y en todas partes el cruel desengaño ha epilgado pronto sus entusiasmos delirantes del primer día. Y sin embargo, no está cansado de vivir, no porque la existencia le parezca amable, sino más bien por las dudas que le asaltan de que la muerte no sea el verdadero descanso eterno. Como transacción, ha escogido el olvido del pasado sufrir. Hace versos para olvidar. El olvido, ¡sublime consuelo que permite al hombre interrumpir la eterna angustia que es el vivir! Bien hace este "trotoir" temerario que es Piñeyro Téllez, en poner sobre su escudo el lema salvador: ¡Olvido!

El hombre—al cabo—no serviría para nada, si no se hubiera descubierto—como dice un personaje de Barbusse—que es una "pequeña máquina de olvidar"...

Ramón A. Catalá

La Habana.

INDICE



ENTÉRESE Y ESCOJA

Dimitri Merejkovsky: <i>El Mesías Akhenaten y Rey de Egipto</i>	10.00
Hnas. Reichenbach: <i>Atomo y Cosmos. Concepción física actual del Universo</i>	6.00
Benjamin Jarnés: <i>Escenas junto a la muerte</i> . Novela.....	3.50
Panaít Istrati: <i>Tsatsa Minnka</i>	3.50
Marcel Ayme: <i>La calle sin nombre</i>	4.00
Lenin: <i>Cartas íntimas prologadas por la hermana del autor</i>	4.00
M. Delly: <i>El amor de Pasca</i> . Novela completa.....	3.00
F. Gladkov: <i>La Nueva Tierra</i> . Apuntes de una maestra.....	4.00
Hilaire Belloc: <i>Danton</i>	5.50
Rabindranath Tagore: <i>El sentido de la Vida</i> (Sadhana).....	4.00
Angel Samblancat: <i>El aire podrido. El ambiente social de España durante la dictadura</i> . Auto en cuatro misterios....	3.00
Leon Tolstoi: <i>Anissia</i> . Versión castellana de Delaville.....	2.50

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Del libro...

(Viene de la página anterior)

INGENUO

Oigame, "ño" San Antonio,
de mujeres abogado;
dígame, ¿usted fué casado?...

LIBERACION

En la cárcel de la Vida,
—perfecta inutilidad—
voy cumpliendo mi condena
y limando mi cadena,
en pos de la Libertad...
¡que es la Luz de la Verdad!

¡Ay, qué larga es la condena...
y qué dura la cadena,
del crimen de un alma buena!

HIPERBÓLICO

Imposible el olvidar, Angélica,
tu sublime amor, ¡tan hiperbólico!
por lo angélico... y... por lo diabólico.

EXECRABLE

Has vivido tanto tiempo a orillas del pantano,
que te convertiste tú mismo en ¡sapo humano!

MALDITO

¿Qué es lo que te debo, Vida?:
sólo dolor y amargura;
¡qué es lo que sangra la herida

de mi alma siempre henchida
solo de amor y ternura!

¡Resuene en el infinito,
rebelde el estéril grito
de éste corazón maldito!

SOCRÁTICA

Lo ha dicho el emperador Severo:
«yo, siéndolo todo nunca fui nada».
¡Si fueras como yo, menos severo...
si quisieras ser algo, peor es nada!,
pues veo tu soberbia mal disfrazada.

¿Por qué pretendiste serlo tú todo?:
¡si hecho fué el hombre sólo de todo!

Si; siéndolo todo, no fuiste nada;
que siempre la soberbia fué humillada.

¡Más poderoso que el soberbio potentado.
el mar, por débiles barquillas fué surcado!

CORDURA LOCA

Piensa mucho y habla poco,
y dirán «que ya estás loco».

Habla mucho y piensa poco,
el cuerdo que está más loco.

Son muchos, pero son pocos,
los cuerdos que no están locos.

Alfredo Piñeyro Téllez

San José, C. R. 1932.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.)

La editorial ESPASA CALPE, Madrid, últimamente ha sacado en la valiosísima *Co-lección Universal*, estas obras:

- Alfonso Daudet: *Cartas de mi molino*. Trad. de E. M. del Palacio.
- Elizabeth Cleghorn Gaskell: *Cranford*. Una novela. En dos tomos. Trad. de Emeterio Mazorriaga.
- Stevenson: *La flecha negra*. Novela de la Batalla de las Dos Rosas. Trad. de J. Menéndez Herrera.
- Giacomo Leopardi: *Diálogos*. Trad. de Alvaro Martín.
- Jorge Eliot. *El molino*. Tomo I. Novela. Trad. de G. Sans Huelin.

Copiamos:

- P.—Les ruego me indiquen un manual de Gramática castellana, que no sea el de la Academia, donde se pueda estudiar de manera completa y con relativa brevedad el idioma español.
- R.—La Gramática en dos volúmenes (a 2,50 pesetas cada uno) de Rafael Seco, editada por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Es excelente y debe adquirirla, a no ser que le satisfaga más la de Miranda Podadera, concebida y publicada para opositores a Correos y otros Cuerpos del Estado.
- P.—¿Cuál es la mejor edición del "Quijote" y cuál el mejor estudio sobre Cervantes?
- R.—Indiscutiblemente la arreglada por don Francisco Rodríguez Marín y sus estudios sobre Cervantes. Adquiera la edición del "Quijote" hecha por "La Lectura", edición crítica y prólogo de Rodríguez Marín. (Luz. Madrid.)

De la acreditada Editorial APOLO (Flores, 16. Barcelona), nos llega:

T. S. H. Thompson: *El Enigma del despertar de China*. (Pequeño manual de la China contemporánea).

Ritos y costumbres. Feminismo. Cristianismo. Pedagogía. Maltusianismo. Comunismo. Literatura, etc. Versión española de Fabián Casares.

Trasladamos:

Sumamente curiosos son los documentos reunidos en el pequeño manual de la China contemporánea, titulado *El enigma del despertar de China*, y que acaba de publicar Editorial APOLO.

Mejor y más fielmente que en el relato que de la China pudiera hacernos un viajero occidental que visitara aquel país, se halla reflejado su espíritu en el conjunto de manifiestos, artículos, conferencias, proclamas y trabajos literarios recopilados y traducidos por T. S. H. Thomson. Ese conjunto de documentos, en que late el irrefrenable hervor de aquel pueblo, definitivamente vuelto de espaldas al pasado, nos brindan un conocimiento directo absolutamente fidedigno, del estado de espíritu de la China contemporánea, cuyo definitivo despertar puede constituir un peligro pavoroso para el mundo.

La actual amenaza de un «cassus belli» entre el Japón y la China presta a esta singular publicación un interés mayor, por cuanto de las revelaciones que aportan cada uno de los documentos referidos, es posible apreciar las posibilidades de orden moral que encierra el ex-celeste imperio.

De la lectura de *El enigma del despertar de China* se desprende por modo inequívoco, que nos hallamos en vísperas de un formidable resurgir de una nación, la cual, por su pujanza y adelantos, sorprenda quizá dentro de poco a todo el mundo, en un grado mayor que hace treinta años hubo de sorprenderle el inesperado resurgir de su actual antagonista la nación nipona.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

PERSIFLAGE

Arcadia en Yanquilandia

= Colaboración directa =

Para William Rose Benét, gran poeta, dichoso de que fuese él a quien, después de a la Poesía, amara Elinor Wylie; con cariño fraternal.

La casa editora de Alfred A. Knopf, de Nueva York, acaba de publicar, en 311 páginas, las poesías completas — **Collected Poems**—de Elinor Wylie. La sección de revista de libros del **New York Times** le dedica a este suceso su página de honor. Esta página aparece exornada con el retrato fotográfico de Elinor que hizo Nicholas Muray. La graciosa cabeza es como un loto cerrado, sobre el grácil tallo del esbelto cuello. Del cuello abajo, hasta las liliales manos recogidas una sobre otra, algo hay de monja en esta pose. Espeso y brillante el cabello, se parte en ondas y cae copiosamente hasta mitad de la mejilla, cubriendo la oreja; sobre la nuca se hace moño. Fuertes las cejas, dan sombra de tempestad a la dulzura, a la tristeza, de los ojos grandes. El misterio de esos ojos queda inviolable. Adjetivo ninguno podía darnos idea cabal de ellos. Más certera que cualquier adjetivo es aquella frase de William Blake sobre la lágrima: **A tear is an intellectual thing.** Lágrima que estos ojos lloran sería, en verdad, asunto intelectual. La nariz, de mesurado tamaño, es a la vez indicio de exquisitez y de sensualidad: Tiene las alas abiertas para volar a caza de todo perfume, para catar el viento, para temblar de emoción. La boca es grande y bien detallada. La curva de la barba firme y delicada a la vez. Los hombros son finos. El talle es ascético en extremo, sin asomo siquiera de seno voluptuoso. Las manos tienen nervio; los dedos son lo más fino que Dios hizo. Tal, quien mire bien este admirable retrato fotográfico, verá a Elinor Wylie.

Yo la recuerdo con los brazos desnudos hasta el hombro. Ni rama de cerezo en flor fue nunca tan bella como eran bellos esos brazos. Los de las Gracias que Botticelli puso alzados en aquel detalle de danza de su **Primavera**, parecen groseros comparados con estos brazos. A Heywood Broun, que está a mi lado, le digo en voz baja: "Esos son los brazos que aprisionaron a Endymion".

Estamos en casa de Heywood. La vasta sala tiene un largo piano y varios **couches** cubiertos de pesada pana azul oscura. Hay cuatro o cinco sillones. En el **fireplace** arde leña auténtica. Sobre el **mantlepiece** del **fireplace** hay una colección de figurinas en terracota. Contra las paredes, hasta la altura de los hombros, las estanterías están llenas de libros. En este lugar se han juntado una veintena de espíritus selectos. Aquel señor presumido es el famoso editoralista del **New York World**, Walter Lipman; la muchacha lánguida con quien habla es autora famosa de cuentos trágicos y burlones a la vez; el caballero flaco y alto y recto como un mástil, que mueve los brazos huérfanos de velas, es



Elinor Wylie

Farewell, Sweet Dust...

= Versión de S. de la S. para Rep. Am. =

Pues te perdí, esparciré, en justicia,
de hoy más y a todo viento, cuanto fuiste:
No que me importe a mí, sino para leticia
de lo demás del mundo triste.

Especialmente ahora que no brilla,
por ser invierno ya, como brillaba el sol,
¿quién no quisiera dar, con alguna astilla
de lo que fuiste tú, para el fogón?

Los copos de la nieve tendrán más suaves plumas
más blancas plumas, también, las nubes agoreras,
y la lluvia—porque su esplendidez tú la reasumas—
asumirá, por ti, lo espléndido que eras.

¡Adiós, barro dulcísimo!—Jamás fui miserable:
sólo un instante te dio a mí el destino:
cuanto saber hube de ti, fue deleznable:
Pero el ciprés embriaga como si fuese vino!

Elinor Wylie

William Rose Benét, el gran poeta del **Halconero de Dios** que Salomón de la Selva tradujo hace años al español: Benét es de origen catalán; un abuelo suyo, marino, estableció la familia en los Estados Unidos, e hizo poetas a sus nietos William Rose y Stephen Vincent,—el cantor épico de John Brown,—hablándoles del mar y de los misterios del mar. Edna St. Vincent Millay también está allí, la sonetista perfecta, la prodigiosa cantora de **Renascence**, criaturita que tiene los ojos apagados, las cejas dema-

siado claras, los labios móviles, la cabellera de cobre y oro y bronce y puesta de sol, a pesar de todo lo cual parece una hoja de almendro que el marchitarse doró y estrujó. Heywood Broun es gordo, alto, desaliñado, con hermosa cabeza de Júpiter. Junto a él estoy yo, menudo y tímido. Luego no sé quién que me tiene lleno de temor: Una rusa que fuma cigarrillos raros y echa en recio respiro el humo por la nariz... La rusa no me hace caso: Está en conversación profunda con un negro. El negro es Paul Robeson. Aparte, sola, casi como en éxtasis, está Elinor Wylie, esposa de William Rose Benét, remendando quién sabe qué red para coger el viento, afilando quién sabe qué flechas para herir el corazón de la noche y abrirle al arcano nueva estrella.

Paul Robeson ha estado cantando. Se hizo un silencio a su redor. Luego el silencio se deshizo en flecos de todos los colores en las conversaciones de dos a dos, de dos a tres, de uno y uno... Yo sueño en los amores de la Luna y, como he dicho, le digo a Heywood Broun, mirando a Elinor: "Esos son los brazos que aprisionaron a Endymion".

Robeson vuelve a cantar. Canta ahora la canción negra del Mississippi—**Ole Man Rivah**.—Los hombres vienen, los hombres van; el río fluye eternamente. El tema es antiguo. El tema es como para ponerse uno a filosofar en la robusta forma primitiva. Tal vez no tan primitiva que digamos. El río que cruzamos, cuando cruzamos un río, es y no es, en el acto en que lo cruzamos, el mismo río. El negro dice con su voz de noche tachonada de estrellas, que el río es el mismo los siglos de los siglos. ¡Cuántos siglos más antigua es la lírica que la filosofía! La raza negra es lírica. Tenemos un amor y en ese amor alcanzamos lo infinito; mas lo infinito nos lo roba el tiempo: He aquí que llega un día cuando a un pobre negro no le queda más que duda, vacío, llanto, dolor. Empero, el río, fuerte siempre, sereno siempre, el mismo siempre, no sufre alteración jamás. En la música hay una melancolía honda, insondable: En la música hay una emoción surgida, en el decurso de incontables siglos, desde los abismos del corazón de una raza. El negro, el hombre negro, es superlativamente poeta lírico. En esta emoción de ahora está la angustia de todo cambio, el padecer de los adioses, la nostalgia de los ayeres, la asfixia de la muerte. Sí. Nacemos y amamos y morimos. La cosa no tiene remedio. Sólo el río es inmortal. La voz de Paul Robeson es una noche estrellada. Las estrellas que brillan en esa voz se reflejan como en piscina clarísima en el rostro de Elinor Wylie,

(Pasa a la página 367)

Martí y los niños

HIJO Y HERMANO AMOROSO
DISCIPULO EJEMPLAR;
AMIGO FIEL

Martí, niño

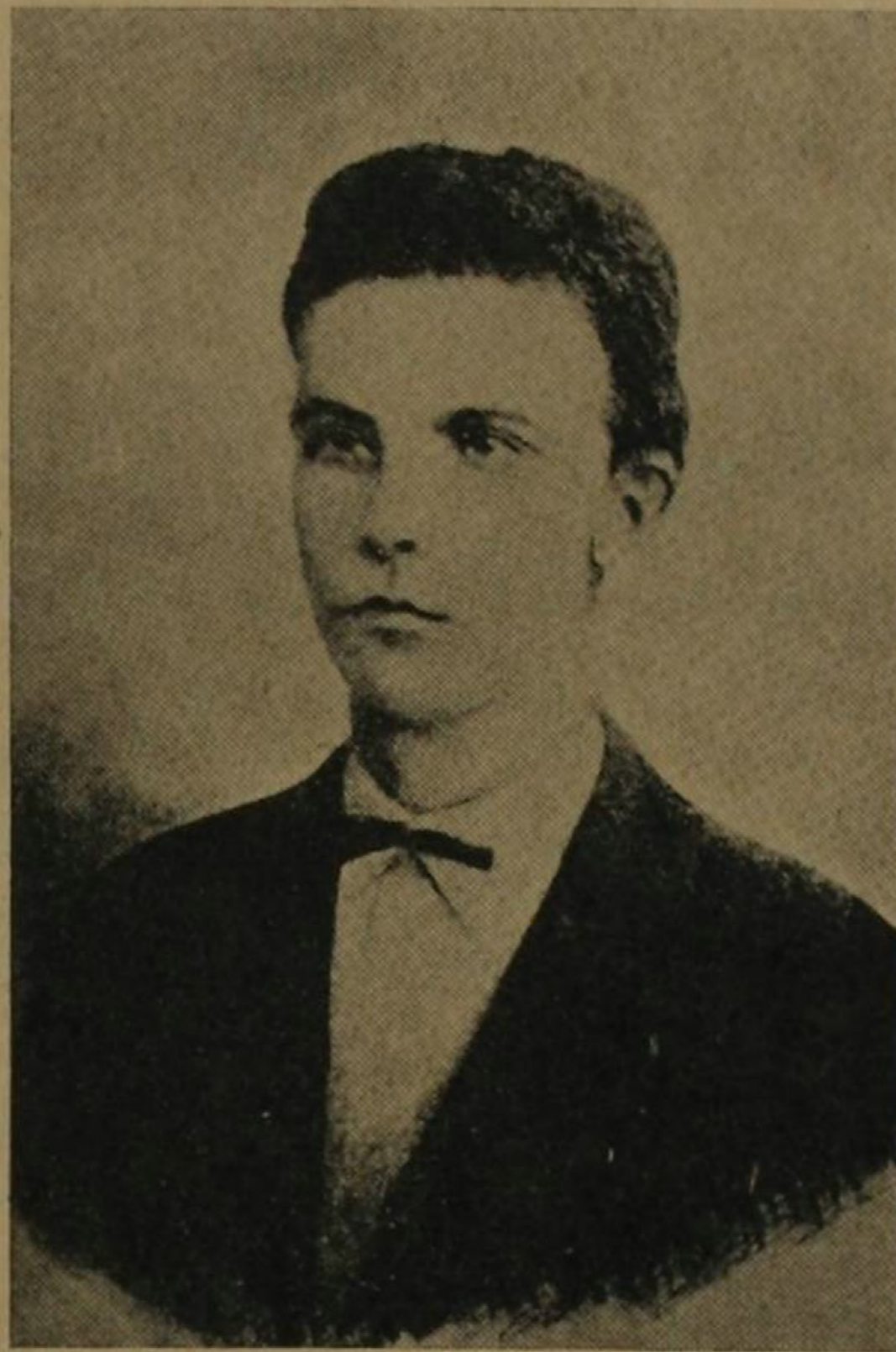
Prólogo de la edición de LA EDAD DE ORO,
publicada por la CULTURAL, S. A.,
en La Habana, en 1932.

(Véase la entrega anterior)

Pobre y humilde fué la cuna de Martí. Sus padres, Don Mariano Martí y Navarro, natural de Valencia y doña Leonor Pérez y Cabrera, nacida en Santa Cruz de Tenerife, una de las Islas Canarias—gente "honrada aunque de poca inteligencia e instrucción", al decir de Valdes Domínguez,—no pensaron nunca que su hijo saliera del nivel social e intelectual en que ellos se encontraban. Celador de barrio el padre, Don Mariano, no ideó para su hijo más porvenir que el oscuro y mezquino empleo de escribiente en la celaduría que él desempeñaba; de ahí que a los diez años, sabiendo ya escribir correctamente y nociones de gramática, aritmética, geografía, historia y literatura, lo quitó del Colegio San Anacleto, de Rafael Sixto Casado, donde se educaba, y lo llevó a su lado, a la celaduría del barrio. Allí pudo ver y sentir todo el horror, la crueldad y la injusticia del procedimiento colonizador de España en Cuba, y de cómo al "cubano contrario al déspota, el Capitán General o enemigo de los negreros", se le perseguía y se le maltrataba, más encarnizadamente que al criminal y al malvado. Y allí, y en su hogar, vió y sintió a su padre formando parte de todo ese odioso mecanismo. Y a la natural repulsión y protesta que en su corazón levantara ese cuadro de la celaduría de barrio, vino a sumarse la ruda oposición de su padre a que abandonara aquella vida y se instruyera más y más, como eran sus deseos.

Que Don Mariano contrarió al principio esas inclinaciones de su hijo, es cosa que no puede negarse, porque Valdés Domínguez, su condiscípulo y amigo en el Colegio de San Anacleto, así lo dice clara y repetidamente, en su trabajo *Ofrenda de Hermano*. Más tarde, a instancias seguramente de Rafael María de Mendive, permitió Don Mariano que su hijo estudiara en el colegio de aquél, San Pablo, el bachillerato, y se matriculara en agosto de 1866 en el Instituto de la Habana. Y tan es ello así que en el expediente de estudios de Martí, publicado por el señor Arturo R. de Carricarte en la *Revista Martiniana*, de la Habana, aparece Mendive llevando a Martí al Instituto y declarando en instancia al director de ese establecimiento que "previo el consentimiento de su padre" y "deseando... premiar de alguna manera su notable aplicación y buena conducta, ha creído conveniente... costearle sus estudios hasta el grado de Bachiller inclusive en el expresado Instituto de Segunda Enseñanza".

Don Mariano contrarió, así mismo, las nacientes aficiones literarias de su hijo y ¡cómo no!, sus primeras rebeldías patrióticas. Valdés Domínguez nos dice que cuando Martí publicó en *La Patria Libre* su poema *Abdala*, tras la natural emoción que le produjo ver una producción suya en letras de molde, "duró poco



Martí en la meced.

su felicidad, pues al abrazarle de vuelta de su casa, era dolorosa la aflicción de Martí: había sido castigado por sus padres que no estaban de acuerdo con aquellos escarceos poéticos y políticos". En la dedicatoria cariñosa que escribió entonces en un retrato se leen las luchas de su corazón. Hijo amantísimo, quería encontrar en su hogar alientos para poder ser—por sus estudios y por sus escritos—útil a su patria. Dice así la dedicatoria:

En mis desgracias, noble amigo, viste
Ay, mi llanto brotar; si mi tirano
Las arrancó de mi alma, tú supiste
Noble enjuagarlas con tu amiga mano,
Y en mis horas de lágrimas, tú fuiste
El amigo mejor, el buen hermano.
Recibe pues con el afecto mío,
Este pobre retrato que te envío.

12, junio, 1869

En su discurso sobre Heredia, Martí alude a esa oposición que su padre le mostró para sus primeras producciones poéticas, en estas palabras:

"Sus versos (de Heredia) eran la religión y el orgullo de la casa. La madre, para que no se los interrumpieran, acallaba los ruidos. El padre le apuntalaba las rimas pobres. Le abrían todas las puertas. Le ponían, para que viese bien a escribir, las mejores luces del salón. ¡Otros han tenido que componer sus primeros versos entre azotes y burlas, a la luz del cocuyo inquieto y de la luna cómplice!..."

Martí, sediento siempre de amor, ansiaba las caricias y los mimos de sus pa-

dres. En sus primeros versos, escritos el año 1868, así lo dice:

A Dios pido constantemente
Para mis padres vida inmortal;
Porque es muy grato, sobre la frente
Sentir el roce de un beso ardiente
Que de otra boca nunca es igual.

Martí, no pudiendo conquistar el amor de su padre, tal como él lo soñaba, se refugió en el amor de su madre y sus hermanas, y en el de los dos amigos que fueron, uno Rafael María de Mendive, padre para él, el otro, Fermín Valdés Domínguez, hermano.

Múltiples son las pruebas que en sus escritos nos ha dejado Martí, del intenso amor que profesaba a su madre.

La primera carta y los primeros versos que del Apóstol se conocen, están dedicados a su madre. Está dirigida la carta desde Hanabana, sitio cercano a la Habana, donde su padre, Don Mariano, desempeñaba en esa fecha—23 de octubre de 1862—el cargo de celador de policía, y donde se hacía acompañar, como a todas partes a donde iba, por su hijo, para que le sirviera, dada su buena letra, de escribiente. Cuando Martí escribió esta la primera carta que de él se conoce, y se conserva en el Museo Nacional, contaba nueve años y casi nueve meses de edad. Es una carta ingenua, infantil, pero en la que se deja entrever, sin embargo, el carácter del hombre y el estilo del escritor futuros. Y en ella se revela plenamente el amor, hondo y efusivo, que sentía, desde muy niño, por su madre, de la que se despide "su obediente hijo que la quiere con delirio".

Los primeros versos de Martí de que se tienen noticias, como ya dijimos, los consagró a la que le dió el ser. Son los siguientes:

A MI MADRE

Madre del alma, madre querida,
Son tus natales, quiero cantar;
Porque mi alma, de amor henchida,
Aunque muy joven, nunca se olvida
De la que vida me hubo de dar.
Pasan los años, vuelan las horas
Que yo a tu lado no siento ir,
Por tus caricias arrobadoras
Y las miradas tan seductoras
Que hacen mi pecho fuerte latir.

En presidio, el 28 de agosto de 1870, le envía un retrato vestido de presidiario, el grillete al pie, con la siguiente dedicatoria:

Mirame, madre, y por tu amor no llores;
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.

Y en 30 de diciembre de 1871, desterrado en España, le dedicó esta composición:

¡MADRE MIA!

Mi madre: el débil resplandor te baña
De esta mísera luz con que me alumbró,
Y aquí desde mi lecho
Te miro, y no me extraña—
Si tú vives en mí—que venga estrecho

A mi gigante corazón mi pecho.

El sueño esquivan ya los ojos míos,
Porque fueran, si al sueño se cerraran,
Ojos sin luz de Dios, ojos impíos.
Te miro, ¡oh madre!, y en la vida creo.
¿Cómo cerrar al plácido descanso
Los agitados ojos, si te veo?

Se me llenan de lágrimas. ¿Es cierto
Que vivo aún como los otros viven?
¿Que al placer de la vida no me he muerto?
Lloro, ¡oh, mi santa madre! ¡Yo creía
Que por nada en el mundo lloraría!
Los goces de la tierra despreciaba,
Y lenta, lentamente me moría.

Yo no pensaba en ti: yo me olvidaba
De que eras sola tú la vida mía.
Tú estás aquí: la sombra de tu imagen,
Cuando reposo, baña mi cabeza.
¡No más, no más tu santo amor ultrajen
Pensamientos de bárbara fiereza!
Una vida acabó: ¡mi vida empieza!

La luz alumbraba ahora
Tus ojos, y me miras.
¡Cuán dulcemente me hablas! Me parece
Que todo ríe plácido a mi lado;
Y es que mi alma, si me miras, crece,
¡Y no hay nada después que me has mirado!
Huya el sueño de mí. ¡Cuán poco extraño
Las horas éstas que al descanso robo!
¡Oh! Si siento la muerte,
Es porque, muerto ya, no podré verte!

Ya vienen a través de mi ventana
Visiumbres de la luz de la mañana.
No trinan como allá los pajarillos,
Ni asoman como allá las frescas flores,
Ni escucho aquel cantar de los sencillos
Cubanos y felices labradores.
Ni hay aquel cielo azul que me enamora,
Ni verdor en los árboles, ni brisa,
Ni nada del edén que mi alma llora
y que quiero arrancar de tu sonrisa.
¡Aquí no hay más que pavoroso duelo
En todo aquello que en mi patria ríe,
Negruzcas nubes en el pardo cielo,
Y en todas partes, el eterno hielo,
Sin un rayo de sol con que te envíe
La expresión inefable de mi anhelo!

Fero no temas, madre, que no tengo
En mí esta nieve yo. Si la tuviera,
Una mirada de tus dulces ojos
Como un rayo de sol la deshiciera.
¿Nieve viviendo tú? Pedirme fuera
Que en tu amor no creyese, ¡oh madre mía!
Y si en él no creyera,
La serie de las vidas viviría,
Y como alma perdida vagaría,
Y eterno loco en los espacios fuera.
¡Amame, ámame siempre, madre mía!"

Al dorso de un grupo fotográfico en que aparece Martí en compañía de Eusebio y Fermín Valdés Domínguez, y que nosotros publicamos por vez primera en la revista *Social*, de la Habana, el año 1922, hay una dedicatoria de puño y letra del Apóstol, fechada en Madrid el 19 de septiembre de 1872, en la que ofrece esta copia de ese retrato a su fraternal amigo Fermín, con estas palabras: "Hermano, cuando te he visto a mi lado, no he suspirado por mi madre", no encontrando para ponderarle lo grande y sincero del cariño que por él siente, otra prueba mejor ni más clara para quien, como Fermín Valdés Domínguez, lo conoce íntimamente en su vida y en sus pensamientos y sentimientos, que decirle que allí, en su forzado destierro madrileño, lejos de lo que más ama en el mun-

do, su madre, cuando le ha visto a su lado no ha suspirado por ella.

En febrero 28 de 1883, en carta a su hermana Amelia, escrita desde Nueva York, se preocupa de la suerte y el bienestar de sus padres, especialmente de su madre: atiende, dentro de la escasez económica que padece, a las necesidades de aquélla, y sacrifica el placer de tenerla a su lado, por lo que considera sea más del agrado de ella.

El 18 de noviembre de 1894, al enterarse que el Dr. Juan Santos Fernández le había asistido a su madre, le escribió a este amigo las siguientes líneas:

"Gozo en agradecer y en saber que el viaje por el mundo no ha logrado sacar la piedad de tu corazón. Sé lo que haces por mi madre, y lo que vas a hacer. Trátamela bien que ya ves que no tiene hijo. El que le dió la naturaleza está empleando los últimos años de su vida en ver cómo salva a la madre mayor".

Y por último, al salir de Montecristi para los campos de Cuba libre, el 25 de marzo de 1895, se despide de su madre en un adiós que la suerte adversa hizo que fuera su despedida hasta la eternidad:

"Madre mía:

"Hoy 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

"Abraza a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición. Su **J. Martí**:

"Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que usted pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca".

A sus hermanas Antonia y Amelia, dedicó el año 1868 estos sentidos versos:

CARTA DE MADRUGADA A SUS HERMANAS ANTONIA Y AMELIA

Me han dicho que hay dos ángeles
Estremecidos,
Que habitan de pasada
Un pobre nido.
Me han dicho que a la puerta
Del caserío,
Asoman los lobeznos
De los caminos.
Me han dicho que los ángeles,
Desfallecidos,
Tristes de no ver cielo,
Lloran impíos.
¡No se corten las alas
Los angelillos,
Que cuando el cielo luzca
No podrían ya volar del pobre nido!

Y a Ana, su otra hermana, le escribió, el mismo año esta tierna y delicadísima carta en verso:

LINDA HERMANA MIA:

Feliz es el momento en que recibo
Carta tuya; feliz es este día,
Porque en ti pienso y de mi amor te escribo.
Versos esperas tú que te anunciaba
Allá por la pasada nochebuena.
En el revuelto mar de mis papeles
No se sabe posar la paz serena,
Y, pues que soy doncel, obro sin pena,
Como obran desde antaño los donceles;
Escribo, guardo, pierdo,
Te quiero mucho, y luego me perdonas,
Y si a mi loco juicio fuera cuerdo
Pensar un triste ornarse con coronas,
Las más bellas serían
Las que tus lindas manos me darían,
Los más consoladores tus laureles
Al perdonarme por haber perdido
Aquel que, por ser tuyo, hubiera sido
El más bello papel de mis papeles.
Impaciente y estúpido el correo,
Lucha y vence mi amor y mi deseo.
Carta es mi carta, mas si bien la peso,
Me une a tu imagen tan estrecho lazo.
Que es cada frase para ti, un abrazo,
Y cada letra que te escribo, un beso.

"Ana mía: perdona si mis versos son malos. Así brotan de mí en este momento. Yo no corregiría nunca lo que escribiera para ti. Dime, hermana amada mía: ¿Sería capaz Blanco de pensar y amarte así?"

En la carta ya citada, a su hermana Amelia, le demuestra con expresivas palabras, cuán intenso era su cariño por ella, y cuán acucioso el interés, y cuán sincera la identificación por las cosas de su vida.

En esa misma carta revela también el interés y la preocupación por el bienestar y la felicidad de su otra hermana, Antonia, no decidiéndose a llevarla a Nueva York con él, porque "traer acá a Antonia, que es ahora rosal en flor, sería como encarcelarla en un castillo de nieve".

Si Martí buscó y encontró en el amor a su madre y a sus hermanitas, refugio y consuelo para las contrariedades y las penas que le ocasionaban la rudeza de carácter de su padre y su oposición violenta a cuanto significase desligarse del ambiente para él asfixiante de la celaduría de barrio y consagrarse, como eran sus anhelos, a cultivar su despierta y brillante inteligencia y satisfacer su sed de instrucción y cultura y dar rienda suelta a sus aficiones literarias, fué para nuestro Apóstol, así mismo, en aquellos días dolorosos, tristísimos, de su niñez, un segundo, y más amoroso que el verdadero, comprensivo y tierno padre, Rafael María de Mendive. Poeta correctísimo, delicado y sentimental, que en sus versos tiernos y sencillos, se transparentaba la sencillez y la ternura de su alma, buena y bondadosa, noble y apasionada; literato y crítico que gozaba de justo y general renombre, por su imparcialidad y su decidida protección a las artes; maestro, en ejercicio, director del colegio **San Pablo**, pero maestro de los que no sólo dan carrera para vivir, sino también, y principalmente, de los que tiemplan el alma para las luchas de la vida, según la frase precisa y justa de nuestro gran educador, don José de la Luz.

Al llevar don Mariano a su hijo de escribiente a la celaduría de barrio y quitarlo del colegio **San Anacleto**, dando ya por terminados sus estudios, dice en **Ofrenda de Hermano**, Valdés Domínguez, que él llevó a Martí, en "su deseo de vencer la injusta oposición paternal... en el año 1867", al colegio **San Pablo**, de Mendive, donde ya se encontraba educándose el propio Valdés Domínguez, su amigo y compañero del colegio de Rafael Sixto Casado.

Y Mendive, espíritu abierto y corazón generoso, se identificó con los sufrimientos y las contrariedades de Martí, lo consoló en sus penas, le abrió las puertas de su hogar, como hijo; le prestó ayuda y protección, decididas y eficaces, para que pudiera continuar sus estudios, y le dió alientos y consejos en sus aficiones literarias.

Pero Mendive era también — a más de caballero, poeta y maestro—patriota. Hombre de espíritu liberal, convencido de los atropellos, explotaciones e injusticias que con Cuba y los cubanos cometía la Metrópoli, aunque no tomó parte activa en la gesta heroica de Yara, sus simpatías estuvieron francamente al lado de aquel movimiento libertador, viéndose más tarde envuelto en él, preso, sentenciado y deportado de Cuba.

De Mendive recibió Martí las primeras lecciones de patriotismo que sirvieron para avivar el sacro fuego que ya ardía en su corazón.

No sólo encuentra Martí dulce remanso para sus penas en la casa de Mendive, sino que halla también en la de Valdés Domínguez, otro hogar más, acogedor y caliente, y en Valdés Domínguez, un amigo y un hermano, unidos como dice éste, en el más leal afecto y como hermanos buscándose. Y, agrega "su pobreza y su silencio eran íntimos lazos de afecto que amorosamente ligaban más cada día a aquel amigo con su compañero noble y cariñoso. Martí tenía otra casa en la casa del hermano, y eran suyos los libros de éste y cuanto tenía, sintiéndose en cambio, dichosísimo Valdés Domínguez con sus consejos y sabias explicaciones que le ayudaban en sus estudios. Los padres de Valdés Domínguez tenían a Martí por hijo, y se regocijaban ante aquel santo e íntimo acercamiento de almas".

Martí quiso a Mendive como padre y como maestro, demostrándole intenso cariño, profundo respeto y altísima admiración, puestos de relieve todos esos sentimientos en varias cartas de aquél a éste y en la que Martí y Valdés Domínguez dirigieron a su condiscípulo Carlos de Castro y de Castro en octubre de 1869 censurándolo por haberse alistado como oficial español siendo cubano y "discípulo del señor Rafael María de Mendive".

Mendive, dice Valdés Domínguez, "tuvo en Martí un agradecido y buen hijo". Se lo demostró en todos los momentos y principalmente en la muerte del hijo de aquél, Miguel Angel, dedicándole a Micaela, la esposa de Mendive, en 14 de abril de 1868, sentidos versos; y cuando la prisión del insigne bat-

do, a fines de enero de 1868, visitándolo y consolándolo a diario en el calabozo del Castillo del Príncipe donde estuvo encerrado hasta fines de abril en que partió para España, sentenciado a cuatro años de confinamiento. "Martí no fué entonces—continúa Valdés Domínguez—para querer y para servir a su maestro—un niño, sino un hombre; y un hombre valeroso y altivo. El fué al Gobierno y habló con el gobernador político Sr. Gutiérrez de la Vega, y sin ninguna recomendación, consiguió un pase para poder entrar en el Castillo del Príncipe y llegar hasta el calabozo en donde estaba encerrado el señor Mendive. Y allá iba diariamente, solo o acompañando a la señora Micaela Nin y Pons de Mendive, a la esposa ejemplar, a la madre amorosa y a la matrona honra de la sociedad cubana". Por último, en carta a Enrique Trujillo, de 1° de julio de 1891, hizo Martí una precisa y sentidísima silueta de Mendive.

Fermín Valdés Domínguez fué siempre por Martí considerado como un hermano. En cartas y poesías se lo repite constantemente. Y esa amistad fraternal la dejó consagrada en este párrafo del discurso pronunciado en la fiesta que en honor de Valdés Domínguez, tuvo efecto en el salón Jaeger's, de Nueva York, el 24 de febrero de 1894:

"El amor entrañable que le tengo, porque desde la niñez amamos juntos la verdad y el dolor, porque aborrecemos con el mismo fuego la arrogancia y la codicia que dividen a los hombres, porque derramamos con la misma pasión la amistad que los calma y congrega, porque en la vida nublada perseguimos la misma estrella doliente y adorable, impone a mis labios el silencio en el instante en que desbordarían de ellos el entusiasmo y la ternura. Nos queremos, como de la misma raíz. Juntos gastamos por primera vez la lealtad de los amigos, que es la almohada cierta; y el amor, que suele irse en cieno o en espuma, o llevarnos del brazo por la existencia, como un ángel de luz. Juntos descubrimos en nuestra naturaleza el fuego escondido de la cólera patria, que

enseña y ordena, desde el sigilo del corazón, y nos juramos a la única esposa a quien se perdonan la ingratitud y el deshonor. Juntos vimos, en la desnudez de las cárceles, la poquedad que suele afeer a los favorecidos de la vida, la grandeza que crece inculta, como con menos obstáculo, en la gente infeliz, y la sublimidad envidiable de la muerte por la redención del hombre y la independencia de la patria. Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla".

Recuérdese, por último, la dedicatoria que ya hemos dado a conocer, puesta por Martí al dorso del retrato, que poseemos, hecho en Madrid, el 19 de septiembre de 1872, en compañía de los hermanos Valdés Domínguez.

Con el tiempo parece que el carácter del padre de Martí y su trato para con su hijo se fueron modificando.

Miguel F. Viondi, en un artículo, Carta de Martí a Mendive, lo aclara así:

"Pero transcurrieron los años, y con ellos la transformación del viejo conquistador, que de tirano de su hijo pasó a ser, deslumbrado por los fulgores del genio, su admirador más entusiasta, y el adolescente maltratado y sórdidamente explotado, sintió a su vez, por ley de reciprocidad, trocados sus sentimientos de víctima por otros nobles y generosos de piedad y cariño hacia su padre".

¡Con qué íntimo regocijo asistiría Martí a esa transformación! ¡Qué placer tan intenso sentiría al ver que ya su padre le expresaba todo ese hondo cariño por el cual había suspirado el hijo siempre!

De la carta a su hermana Amelia ya citada, aparece que en esa fecha tenía Martí el propósito de que su padre viviera a su lado en Nueva York: "Papá, dice, vendrá a mi lado, como imagino que él lo desea, apenas cedan los fríos, que será para marzo o para fines de abril".

Y ponderando lo que para él había de significar el que su padre viviese con él, agrega: "Anoche puse fin a la traducción de un libro de lógica que me ha parecido—a pesar de tener yo por maravillosamente inútiles tantas reglas pueriles—preciosísimo libro, puesto que con el producto de su traducción puedo traer a mi padre a mi lado". Este propósito pudo al fin realizarlo por los años de 1883 a 1884, según nos descubre una carta en verso a Adelaida Baralt, dada a conocer por Félix Lizaso en el tomo primero del **Epistolario de José Martí**, admirable aporte a la vida y la obra del máximo libertador cubano.

Se extiende, después, en consideraciones sobre la honradez y bondad de su padre: "Papá es, sencillamente, un hombre admirable. Fué honrado, cuando ya nadie lo es. Y ha llevado la honradez en la médula, como lleva el perfume una flor, y la dureza una roca. Ha sido más que honrado: ha sido casto". Y, recordando seguramente sus protestas y rebeldías juveniles por la dureza que para

LA EDAD DE ORO
la obra inmortal de
JOSE MARTÍ

Prólogo del Doctor EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

—

Esta obra, que Martí dedicó a los niños, es casi desconocida de la actual generación, porque la única edición que se había hecho, hace cerca de 20 años que se agotó y los ejemplares que salían a la venta tenían precios verdaderamente fabulosos.

Deseosa esta casa de proporcionar a los padres y a los maestros un medio de ofrecer a los niños, las ideas maravillosas que contiene este libro, que ofrece ideas magníficas para la formación de su carácter, ha impreso esta edición popular, en magnífico papel, ilustrada con los grabados originales y encuadernada elegantemente en cartón con cubierta en colores.

El Dr. Roig de Leuchsenring, en la introducción, titulada *Martí y los Niños. Martí Niño*, hace un estudio notabilísimo acerca del Apóstol. (Este prólogo se vende separado a \$ 0.40).

Precio del ejemplar, encuadernado, \$ 1.00

LA MODERNA POESIA Obispo, 135 Ap. 605. Tel. A-1171	CULTURAL, S. A. HABANA	CERVANTES Galiano, 62 Ap. 1115. Tel. A-4958
--	---------------------------	---

Con el Admor. del Rep. Am. consigue esta obra.
Mande © 5 y se la pedirá luego a La Habana.

él tuvo su padre, piensa tal vez, ahora, que debió haberlas sufrido resignada y calladamente, y dolor profundo embarga su alma, y exclama, en un supremo anhelo de olvido y reparación, que descubre hasta donde era juez inflexible de sus actos, ya que para juzgarlos tenía por norma y ley, la pureza inmaculada de su corazón y la altísima nobleza de sus sentimientos: "Sangre invisible—exclama—me ha caído dentro del alma a torrentes. En mí hay una especie de asesinado y no diré yo quien sea el asesino. Pero nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa".

Valdés Domínguez cuenta que en la oficina del Apóstol, en New York, tenía, en un hermoso cuadro, el retrato de su padre.

Y cuando éste murió, el desconsuelo y el dolor de Martí fueron inmensos.

Al saber la noticia, le escribe a su hermano del alma, Fermín, desde Nueva York, el 28 de febrero de 1887:

"Mi padre acaba de morir, y gran parte de mí con él. Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí bajo su humilde exterior toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesen; y le premiara en los últimos años de su vida, aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fué puesta a prueba. Mi dolor, Fermín, es verdadero y grande".

Y a José García, su cuñado, le escribe esta carta admirable:

"Mi querido José:

"No hubiera querido recibir de otras manos la noticia de la muerte de mi padre. En la carta de usted he sentido su último calor. Si ya usted no fuera hermano mío, por la ternura con que me quiso a mi padre lo sería. Usted entendió su santidad, e hizo en la tierra por premiarla. El lo quería a usted como a un hijo preferido. Es de hijo el sollozo con que usted me ha anunciado su muerte. Yo no lo he visto a usted nunca; pero ya me parece que lo he conocido toda mi vida!

"Yo tuve puesto en mi padre un orgullo que crecía cada vez que en él pensaba, porque a nadie le tocó vivir en tiempos más viles ni nadie a pesar de su sencillez aparente salió más puro en pensamiento y obra, de ellos. ¡Jamás, José, una protesta contra esta austera vida mía que privó a la suya de la comodidad de la vejez! De mi virtud, si alguna hay en mí, yo podré tener la serenidad; pero él tenía el orgullo. En mis horas más amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiese resistir y podecer. Yo, con toda mi costumbre, de las palabras, y con toda mi ternura, no podría pintarlo mejor que como usted me lo pinta: "un ángel con canas". ¡Ah José! Sólo se saben ver en los demás las condiciones que se tienen en sí. Trastornos horribles y alejamientos grandes suele traer la vida, pero nunca dejaré de ver a usted dando un beso en la

frente de mi padre, y reemplazando al hijo ausente.

"Este dolor, José, me tiene muy confuso el pensamiento. ¡No he podido pagar a mi padre mi deuda en la vida! Ya ¿dónde se la podré pagar? No es que haya muerto lo que me entristece, sino que haya muerto antes de que yo pudiera pregonar la hermosura silenciosa de su carácter, y darle pruebas públicas y grandes de mi veneración y de mi cariño. Pero, ¿qué falta le hice, si lo tenía a usted? Juntos José, usted y yo, iremos a visitarlo algún día".

Y, por si fuera poco, en los **Versos Sencillos**, Martí dejó dicho de su padre estas cosas tan sentidas y tan bellas:

Rápida, como un reflejo,
Dos veces vi el alma, dos:
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós!

Si quieren que de este mundo
Lleve una memoria grata,
Llevaré, padre profundo,
Tu cabellera de plata.

Cuando me vino el honor
De la tierra generosa,
No pensé en Blanca ni en Rosa
Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
Que está en la tumba, callado;
Pensé en mi padre, el soldado;
Pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
Carta, en su noble cubierta,
Pensé en la tumba desierta,
No pensé en Blanca ni en Rosa.

Ya vimos que fué Mendive el que en agosto de 1866 llevó a su discípulo José Martí al Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana para que cursara sus estudios del bachillerato que aquél se comprometió a costearle.

El 27 de septiembre de 1866 se examinó Martí de admisión y fué aprobado, matriculando y aprobando, así mismo, en los cursos de 1866 a 67 y 67 a 68, las asignaturas del primero y segundo año de bachillerato, no pudiendo, en cambio, examinarse de las del tercer año (curso de 1868 a 69), pues los dolorosos sucesos que se iniciaron el 4 de octubre y que narraremos en seguida, interrumpieron sus estudios de brillante manera comenzados con notas de sobresaliente en sus asignaturas y premios en aquellas a las que hizo oposiciones, aun cuando su contrincante fuera estudiante tan aventajado e inteligente como el después sabio abogado y profesor y jurisconsulto doctor José A. del Cueto y Pazos, su compañero y amigo en aquellos días de la infancia y más tarde en Madrid, y en la Habana en las cortas y fugaces estancias del Apóstol en nuestra capital.

El doctor Cueto recordaba con entusiasmo y cariño al amigo a quien, aunque en campos políticos distintos, no pudo menos, eran sus palabras, que querer y admirar siempre por su brillantísima inteligencia y sobre todo, por su fe ardiente y su constancia en la noble empresa que desde niño acometió. La libertad de Cuba, nos repitió el doctor Cueto en distintas ocasiones, era para Martí la

obsesión de todos los instantes de su vida, de niño y de hombre, de estudiante del bachillerato y de estudiante universitario, preocupándole poco, más aún, sufriendolas satisfecho, las angustias y penalidades, las enfermedades y pobreza que por Cuba padecía.

Llegado Martí a Madrid, pidió—según hemos comprobado con el expediente que tuvimos a la vista y copiamos durante nuestra estancia en esa ciudad el año 1921,—por instancia de fecha 31 de mayo de 1871, matricularse en la Universidad Central, en el curso de 1870 a 71, como alumno de enseñanza libre, en las asignaturas de Derecho Romano, primer año, Derecho Político y Administrativo y Economía Política, dando como domicilio la casa N° 10 Ddo. cuarto 2°, de la Calle de Desengaños, pagando al efecto los derechos correspondientes, examinándolas todas, las dos primeras con la calificación de aprobado y la última con la de suspenso, debido sin duda al poco tiempo que a los estudios podía dedicar, dado su mal estado de salud en esa época y sus dificultades económicas.

El 31 de agosto pidió matricularse en el Segundo Curso de Derecho Romano, pagando los derechos, sin examinarlo.

El 31 de mayo de 1872, pidió matricularse en Derecho Civil, dando entonces como domicilio la casa N° 40, cuarto 3°, de la calle de Lope de Vega, y de fiador a don Francisco S. Ramos, que vivía en el N° 34, cuarto 2 de la misma calle. Pagó los derechos correspondientes y no se examinó.

En este expediente de Madrid hay otra instancia, sin fecha, pero que debe ser de 3 de agosto de 1872, porque el recibo de los derechos correspondientes tiene esa fecha, en que solicita matricularse en Derecho Mercantil y Penal, da como domicilio su antigua casa de Desengaños 10, y en el recibo antes dicho aparece como fiador Fermín Valdés Domínguez. Pero tampoco se examinó.

Es esta época de su vida—enfermo, triste y pobre en Madrid—a la que se refiere Valdés Domínguez en las siguientes líneas de su **Ofrenda de Hermano**:

"Del presidio salió enfermo, y enfermo y pobre lo encontró en Madrid su hermano Valdés Domínguez, cuando después de arrastrar cadenas en presidio como compañero de los jóvenes estudiantes asesinados el 27 de noviembre de 1871, allá lo mandaron las autoridades españolas de la Habana, que, temerosas de los voluntarios, dejaron incumplidas las órdenes de las Cámaras españolas y del rey D. Amadeo de Saboya.

"Martí estaba muy enfermo en julio de 1872. Dos veces lo habían operado de un sarcocele producido por un golpe de la cadena de presidiario en las crueles faenas de la cantera. Nunca se curó de la que fué para él terrible dolencia, por las operaciones hechas a destiempo y en malas condiciones, y que tantas veces lo obligó a guardar cama y le impedía andar.

"Vivía entonces en una buhardilla y comía gracias a unas clases que daba en casa de don Leandro Álvarez Torrijos y de la señora viuda del general español Ravenet. Ocultando él, como siempre,

sus necesidades, nada decía de sus penas a nadie, y menos a su generoso y leal amigo, el español señor Torrijos, ni a la cubana y noble generala. Delgado, sombrió el semblante, era un condenado a muerte por la enfermedad.

"La llegada del compañero cambió el triste cuadro: ambos estaban enfermos; pero con elementos para hacer la guerra a la muerte, se aprestaron para la lucha.

"Los doctores Candela y Gómez Pamo los atendían. Acordaron operar de nuevo a Martí, y en aquella difícil intervención quirúrgica se vieron los defectos, ya irremediables, de las anteriores. No quedó curado Martí, pero decidieron seguir sus distintas carreras, ya que sólo eso podían hacer, dado el estado físico en que se encontraban".

Reunido ya Martí con su hermano Valdés Domínguez, decidieron ambos, en mayo de 1873, continuar sus estudios en Zaragoza, debido, entre otras cosas, según nos refirió el doctor Cueto, a que en esa ciudad la vida era más barata que en Madrid y el clima más favorable a la salud de Martí.

Y en 17 de aquel mes, Martí presentó instancia al Rector de la Universidad Central pidiendo que en vista de haber "decidido trasladar su domicilio a la ciudad de Zaragoza, desea que se le conceda el pase de su matrícula en las mencionadas asignaturas (Derecho Romano, 2º curso, Derecho Civil y Derecho Mercantil y Penal) a la Universidad de aquella ciudad". El Rector accedió a esta solicitud con fecha 23 de mayo de 1873.

Y en ese mismo mes se trasladaron Martí y Valdés Domínguez a Zaragoza.

Y en Zaragoza estudió Martí brillantemente en menos de año y medio—con la prisa de ayudar a sus padres y estar listo para realizar la gran empresa de su vida—las asignaturas que le faltaban del Bachillerato y las de las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, obteniendo las más altas calificaciones y graduándose en aquella Universidad de Licenciado en Derecho Civil y Canónico y en Filosofía y Letras el 30 de junio y 24 de octubre de 1874, respectivamente.

De sus exámenes, tanto las finales de grado, como los parciales de las diversas asignaturas, dice Valdés Domínguez: "En las Universidades, en donde estudió y sufrió sus exámenes, eran días solemnes — entre catedráticos y alumnos — aquellos en los que el pobre cubano, proscrito y enfermo, iba a desarrollar una tesis de derecho o a disertar sobre algún arduo tema de letras o filosofía".

Emilio Roig de Leuchsenring

Seguirá en la próxima entrega)

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

Calderón de la Barca: <i>Comedias Religiosas: I. La devoción de la Cruz y el Mágico Prodigioso</i>	© 3.50
Dr. G. Hardy: <i>Medios para evitar el embarazo</i> . Pasta.....	4.25
Solicítelos al Adr. del <i>Rep. Am.</i>	

Estampas

No trabajamos pensando que vivimos en el mejor de los mundos. Ni optimistas, ni escépticos, esto es, ni acomodaticios, ni pusilánimes.

= Colaboración directa =

Nos escriben y nos preguntan cómo hacemos para ser optimistas en un país y en una época negados al optimismo. ¿Es optimismo esta aspiración nuestra, animadora de las **Estampas**, por buscar las cosas de la patria que tengan valor permanente y constructivo? Aceptamos entonces la clasificación en que nos pone el lector desanimado. Porque de otro modo el vocablo no ofrece halago ninguno. De tanto rodar ha quedado pulido y quienes lo ostentan no son los luchadores sino los acomodaticios. Traiciones y males en daño de un país son mirados con indiferencia por el optimista y puede así amanecer cada día con rostro de complacencia. Es la actitud cómoda, la que no trae conflictos, la que da honores y triunfos. Y no despuntan por ese horizonte nuestras inspiraciones. Creemos recibirlas de un mundo tormentoso que anima al espíritu con su fortaleza. Para muchos el país y la época son de agresividad y de persecución.

No trabajamos pensando que vivimos en el mejor de los mundos. Pero si creemos que cuando existen más problemas es cuando más claridad debemos desentrañarnos para afrontarlos. Si el desánimo es colectivo, si nadie siente que vale la pena salvar de la ruina la educación, o la economía, o la soberanía de su país, entonces la esclavitud llega. En nosotros existe muy profunda la fe en los valores permanentes del país, de los países. Extendemos la reflexión fuera del nuestro, porque creemos que el intento de buscar contactos que den unidad a una lucha recia y constructiva, no es intento vano. No nos engañamos y sabemos lo difícil que es hacerse oír. Precisamente por saberlo es por lo que el desánimo no nos pierde. Escribimos para un semanario que enseña a moverse en el plano del sacrificio más completo. Si el joven que nos escribe quisiera aprender a sentir por su país amor a prueba de desencantos, pensaría en el costarricense que hace **Repertorio Americano**. Años y años de una labor inteligente y honrada podrían haber vuelto ruina a don Joaquín García Monge. Ha trabajado él con tenacidad por la cultura del país sin aguardar recompensas. Aspira a desentrañar los valores permanentes y por esto es constante, acogedor. Si trabajara con la mirada puesta en el fruto inmediato habría detenido pronto su empresa cultural. Ha logrado situarla por encima del halago y del odio. No es en un día que se conquistan bienes duraderos para el bienestar de los pueblos. Sabiéndolo no podremos nunca decir que ni el país ni la época son propicios a las expansiones del espíritu.

Porque no creemos estar viviendo en el mejor de los mundos es que pensamos en nuestros males y censuramos buscando caminos de luz. Ni optimistas, ni escépticos, es decir, ni acomodaticios, ni

desanimados. Aspiramos a que el país forme juventudes que le den decoro y dignidad. No las vemos por el momento. Tratamos de penetrar la tiniebla que envuelve el origen de esa desgracia y no sabemos si es nuestra educación lo que la penumbra va haciendo perfilarse. El mal es tremendo. Pero no lo decimos para renegar. Si la tarea de una redención severa está encomendada al educador, pues exijamos a ese educador la acción inmediata.

Don Francisco Giner, que en el campo de la Educación fué investigador fecundo, no separó un instante su penetración de los males que dejan sin juventudes fuertes a un país. Volvemos a él y pedimos que mediten sus juicios y desentrañen la verdad eterna que los anima. "Se comprende sin dificultad—dice—que el camino del sacrificio sólo a costa de inmensos esfuerzos logre la preferencia de nuestra juventud. No ha sido educada para el Calvario sino para el Capitolio. Desde la infancia ha zumbado ya en sus oídos el rumor de la emulación gloriosa, que nos enseña, como se ha dicho, "a subir y ser en todo los primeros, mientras que la religión, y la virtud, y el respeto a nuestros semejantes nos mandan ser los últimos". La escuela ahogó en la cuna la libre espontaneidad de su espíritu, la ingenua alegría de su corazón y la originalidad de su carácter, estampando dogmáticamente en su entendimiento nociones y palabras sin sentido para él, ni relación con sus hábitos y estado, y modelando a viva fuerza su conducta en el troquel de una rutina arbitraria. Al proseguir su educación ha visto estrecharse más y más su horizonte, y apagarse en la indiferencia de los que la rodean, cuando no bajo el peso de su cólera, cada relámpago de luz con que la razón ha intentado protestar en todas las crisis de su vida contra una pedagogía ignorante. De esa suerte dispuesto, enflaquecido el espíritu, nublada la conciencia moral, inculta la razón y sin norte ni freno la fantasía, sale al mundo el joven a hacer presa, y halla en todas partes la misma conjuración universal contra el deber".

Si el joven que nos escribe deseoso de saber por qué no sucumbe nuestra fe en un país y en una época negados a todo idealismo, es fruto de la escuela nuestra, convenimos en que ella destroza tanto como la que pinta don Francisco Giner. Este joven por lo menos refleja cierta amargura, da a entender que existió un país por el cual debió haber sacrificio y vigilancia. Pero no son así todos los jóvenes que ha formado nuestra escuela. Ojalá fueran siquiera así. En todos hay indiferencia por los negocios del país que son los que lo estructuran y le dan unidad. Quieren vivir cómodamente el momento actual. Y quien

les dé los medios de proporcionarse esa comodidad, ese es su amo.

Crecen en un medio que en nada se diferencia del que pone ante nuestra reflexión esta cita hecha por don Francisco Giner: "Nuestra sociedad no estima ni alaba sino a los que medran; y si algo respeta aún las virtudes, es porque ve en ellas otros tantos medios de prosperar". Quisiera saber si para el que carece de fortuna hay manera honrada de abrirse camino en un país en que todo se vende; necesita intrigar, lisonjear a un partido, ganarse protectores y encomiastas y para esto, tener mala fe, corromper, adular, compartir las pasiones ajenas... desviarse, en fin, del camino derecho. He visto, cierto, a hombres de todas las clases y estados elevarse a encumbradas posiciones pero me atrevo a decir públicamente, que cualesquiera que hayan sido los elogios prodigados a sus prendas, y por más que en determinados casos los mereciesen, no he visto subir a los más honrados sino a expensas de algunas de sus virtudes. "Medio terrible", dirá el joven que nos escribe. Y además digno de exterminio, decimos enfáticamente. Porque precisa acabar con él es por lo que pedimos a los que conserven ánimo para luchar, que no se echen a la desbandada. No deben apocarse ni reflexionar como el vencido. Tampoco deben aguardar el fruto inmediato.

Y como el nuestro son también muchos de los medios de estos países. No constituimos la excepción. En cada uno de ellos están los mismos vicios haciendo su estrago. Pero no faltan espíritus batalladores que no abran la puerta al des-

ánimo y que busquen por encima de la corrupción del instante los valores permanentes de un país. Si la escuela marcha mal es necesario tocar a la puerta del educador. Pero si ese educador no responde no debemos amargarnos y pensar que toda aspiración de mejoramiento y de liberación es cosa perdida. Sigamos trabajando y demos el fruto de nuestras lecturas y de nuestras meditaciones para que el tiempo lo disemine. Tengamos fe en las ideas y cuanto más tenaz sea la tiniebla que el medio extiende, más firme sea la convicción nuestra en que doblando el estudio y la meditación la batalla tiene asegurado su triunfo. Y sobre todo no trabajar engañados, es decir no figurarnos que nuestra palabra es esperada por millares de almas en quienes hará cautivos sumisos. Digamos sin pretensiones aquello que vamos madurando. Y sin mucha prisa para no extraviarnos. A veces sentiremos que es mejor capitular. Sin embargo, no olvidemos que son las atracciones abismales que toda aspiración abre desde el instante en que da alas a nuestro espíritu. Si vamos por el camino del sacrificio no es a esperar halagos. Sólo siendo superiores a las miserias del medio podemos luchar contra él y conservar encendida la fe en los valores permanentes de un país. Ni optimistas, ni pesimistas, es decir, ni acomodaticios, ni pusilánimes. Lo accidental son los hombres, pero mientras sus hechos sean lo permanente, no descuidemos la vigilancia para descargar contra ellos la más severa persecución condenatoria cuando quieran dañar la vida del país.

Juan del Camino

Costa Rica, 1932.

¿Cuál es la verdadera situación política en el Perú?

= Envío del autor =

El Perú ha presenciado un maravilloso movimiento renovador con la organización del aprismo. Es hoy el Partido político más fuerte del país, y, a no dudarlo, el mejor organizado y más moderno en sus sistemas y en su técnica, de todos los de la América Ibero.

El Partido Aprista Peruano tenía en setiembre de 1930, a raíz de la caída de Leguía, doscientos miembros inscritos. En febrero de 1931, cuando el primer gobierno de Sánchez Cerro inició las violentas represiones anti-apristas, llegó a diez mil. En abril del mismo año, al proclamarse la candidatura de Haya de la Torre a la presidencia, a ochenta mil. A la llegada de Haya, a doscientos mil. Al realizarse las elecciones generales de octubre, a cuatrocientos mil y en la actualidad a más de medio millón. Esta trayectoria es demostrativa del creciente poder de esta nueva fuerza política que habrá de influir decisivamente en la vida de América, pues tiende a extenderse a otros países, habiéndose fundado ya el Partido Aprista Ecuatoriano y en Chile la NAP que es el aprismo chileno.

Como el aprismo está formado por obreros, campesinos, empleados, intelectuales, pequeños propietarios,—mayoría numérica de la población nacional,—el partido de la burguesía, del latifundio, de la aristocracia,—el Partido Civil fundado en 1872 y dominador desde entonces,—es su más enconado opositor. En las últimas elecciones la lucha se ha visto claro. Aprismo versus Civilismo, que es decir, revolución versus reacción. La batalla ha sido verdaderamente formidable. El aprismo llevando

a Haya de la Torre como candidato y el Civilismo, al Comandante Sánchez Cerro, derrocador de Leguía. Civilidad contra caudillaje militarista, pueblo contra aristocracia, explotados contra explotadores. Así se ha visto la lucha reciente del Perú.

Ganó realmente la elección Sánchez Cerro? Nadie lo cree en el Perú. El Civilismo, el imperialismo, el clero, se impusieron la tarea de derrotar al aprismo. Con el voto secreto, la faena era difícil. Pero dos millones de dólares al servicio del soborno, pueden mucho. El oro no sirvió para comprar al pueblo. Sirvió para comprar funcionarios eminentes de los jurados electorales.

Hay datos interesantes: la víspera de las elecciones, Haya de la Torre llegó de los departamentos del sur del país, en los que había hecho una jira triunfal que complementó su vertiginosa visita a toda la república, sin dejar de dar el "salto mortal" en avión hasta el puerto peruano sobre el Amazonas, Iquitos, —no visitado jamás por candidato alguno en el curso de la historia peruana. La última entrada a Lima de Haya de la Torre fué también la última gran demostración de fuerzas de su electorado en la capital. En grupos de a ocho, con sus carteles divisorios de cada grupo de a mil, desfilaron cincuenta y siete mil electores,— sólo se permitió ingreso a las filas a éstos,—con sus boletas electorales en la mano. Aquella demostración memorable que reunió en la Plaza de San Martín casi cien mil personas entre hombres, mujeres y niños apristas así como simpatizantes que se unieron después a los electores, fué la "elección moral" de Haya de la Torre.

Los resultados de la elección, reconocidos por el Jurado electoral, nombrado por la junta provisoria de gobierno que presidió las elecciones,—junta antiaprista dominada por un militar a quien apodan "el zorro",—fueron aplastantes. Sánchez Cerro, 150 mil votos, Haya de la Torre 111 mil votos y los otros dos candidato de menos importancia, (impuesto por la junta uno de ellos), quince mil y diez mil votos. El jurado anuló más de veinte mil votos de Haya de la Torre y... agregó más de cincuenta mil a los noventa y tantos mil que realmente obtuvo el caudillo militar. Eso se llamó en el Perú "la votación de los duendes".

El Partido Aprista inició su campaña contra el fraude y desafió al Gobierno a sacar a las plazas de todas las ciudades y pueblos de la república a sus electores, invitando a los del Civilismo a hacer lo propio. La junta de gobierno, inclinada manifiestamente a Sánchez Cerro, prohibió las demostraciones populares y se decidió a consumir el fraude sancionando la usurpación del poder. ¡El oro puede mucho!

Todos los pueblos apristas de la república, especialmente los del Norte, han hecho declaraciones públicas de no reconocer otro presidente que Haya de la Torre. Se le llama "el presidente moral". "El presidente usurpado". "El Presidente del Pueblo". Su popularidad es inmensa y el respeto a su persona (recordemos que sólo tiene 35 años) unánime.

BENIGNO CUESTA (hijo)

AGENTE Y REPRESENTANTE

ofrece sus servicios especialmente a Revistas y Librerías.

(Manizales, Colombia)

Arcadia en Yanquilandia

(Viene de la página 360)

El Partido Aprista crece y crece. Tiene en el Parlamento una minoría—minoría porque el fraude electoral anuló muchas elecciones apristas,—que es ya famosa por su capacidad, disciplina y energía. Veintisiete representantes, entre los 25 y 33 años, dominan moralmente la Asamblea. Una demostración de su influencia es ésta. El gobierno dió una Ley llamada de Emergencia que es la sanción de una tiranía peor que la de Leguía. Durante la discusión, los apristas después de aducir razones abofetearon a los de la mayoría y produjeron grandes tumultos. Aprobada, a las dos semanas de abusos, la izquierda aprista sorprende a las derechas con una moción derogatoria de la ley de Emergencia. Los apristas pronuncian estupendos discursos y aterrada la mayoría por esta acometida pide votación y la mayoría gana por un voto. Esta victoria moral del aprismo ha causado profunda sensación en el país.

¿Tendrá larga vida este gobierno? Los pronósticos son muy pesimistas. Sin programa, sin hombres capaces, enarblando sólo una política de odio,—dirigida por el diario "El Comercio" de Lima, órgano civilista,—el gobierno conspira contra sí mismo. La cuestión económica es la más difícil y es la menos conocida por el gobierno. Frente a este régimen de desorden y de incapacidad, el aprismo ha planteado un plan económico de reconstrucción del que el geólogo y economista norteamericano Frisshmann ha dicho que es para Sudamérica algo tan importante como el plan quinquenal ruso para Europa.

El aprismo crece en el Perú y crece especialmente en los trabajadores de la ciudad y el campo. Es casi un fanatismo. Los derechos de Haya de la Torre, subsisten. Quien gobierna, según dice el pueblo, es "el usurpador". Y el pueblo sabe que sólo gobierna por la fuerza de las bayonetas. El "presidente moral", "el usurpado", espera... su derecho tiene aún cinco años de fuerza. Y el Perú todo no lo olvida.

El viajero mexicano

A bordo del *Santa Inés*. 1932.

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

y el reflejo de esas estrellas en esa piscina se agita y tiembla al moverse silenciosos y fríos, como pececillos de colores, los callados pensamientos de Elinor.

Elinor ha tenido esos pensamientos siempre. "Yo",—ha dicho siempre, "no pienso mal ninguno de la muerte". **I think no ill of Death.**—Su religión es un exquisito panteísmo. La muerte es un cambio, realmente, pero no una aniquilación. "Yo",—ha dicho ella,—"soy bellísima. Mi cuerpo todo es una canción de delicadas notas. Cuanto hay precioso en la flor, caro en la perla, dulce en el fruto, bello en el enrollamiento de las nubes, sugestivo en el viento y misterioso en la palabra, eso lo hay en mí. No. Nada en palabra, viento, nube, fruto, perla o flor es misterioso ni sugestivo ni bello ni dulce ni caro ni precioso, sino en mí..."

Llegadas las primeras horas del nuevo día, la casa se ha ido desprendiendo de sus huéspedes. Se ha ido Edna con su marido millonario y comprensivo, digno de ella que merece un Paraíso. Se han ido porque viven lejos y para llegar a casa tienen jornada larga que hacer en su suntuoso coche automóvil. Se ha ido la rusa. Se ha ido el editorialista presumido. Se ha ido el negro lírico. Se ha ido, alta, sin decir palabra, hierática como un lirio, como una garza, Elinor... Ruth Hale, la mujer de Heywood Brown, dice: "Elinor no estuvo nada contenta... ¡De veras, estos hombres! No celebrar ninguno su belleza, no quemarle incienso, no piroppearla, en suma".

Hablamos de Elinor. Yo la he estado adorando toda la noche. Hablamos de ella y de su filosofía de la muerte. A Ruth le encanta la elegía que para sí mismo escribió Elinor— **Adiós, barro carísimo!**—en la que Elinor se despide de su arcilla: "Ahora que te he perdido, debo desparramar en el aire todo lo que eras tú, de hoy en adelante; no que a mí pueda importarme en lo mínimo, sino que ello no es sino justo para el resto de la tierra. Ahora, especialmente, que es invierno y el sol no tiene la mitad del brillo que tenía, ¿a quién no le alegraría encontrar entre la hierba helada una astilla que antaño fuera tú?...". Hablamos de ella y leemos sus versos hasta el amanecer.

A la tarde siguiente Ruth y Heywood me invitan a cenar con ellos esa noche.

¿Qué inquietud la mía hasta que se vuelve a hablar de Elinor! Se vuelve a

hablar de ella. Hablamos mucho. "Lo mejor",—dice Ruth,—"es decirle que venga". Toma el teléfono. Elinor dice que lo siente tanto, pero que en ese instante está saliendo a tomar el trasatlántico. Se va a Inglaterra. Los trasatlánticos salen de Nueva York a la media noche.

Semanas después los cables dan la trisísima noticia. Elinor Wylie ha muerto. Parece que se resbaló al bajar una escalinata sobre la que no habían colocado debidamente la larga alfombra. La caída le ha quebrado—delicadas, frágiles, de vidrio quizás,—las vértebras. Y ha muerto. ¡Qué bella se ha de ver visto, tendida para que la enterraran, con sus brazos como dos lirios yacentes! La noticia de que han recogido los versos de los volúmenes que llegó a publicar y muchos versos inéditos, me hiere dulcemente con su recuerdo. Yo que la conocí, yo que la amé, ahora que la muerte la ha hecho libre para que podamos, cuantos la conocimos y la amamos, decirlo sin sople de impudicia, he querido decirlo yo; no que a ella le importe para nada, sino en justicia para con lo demás del afligido mundo...

Persiles

Puntarenas, C. R., junio. 1932.

INDICE



ENTÉRESE Y ESCOJA:

Bartolomé Mitre: <i>Arengas Selectas. El acuerdo de San Nicolás. Las cuentas del Gran Capitán. Rivadavia y otros discursos notables</i>	4.00
José Manuel de Estrada: <i>La Iglesia y el Estado, y otros Ensayos Políticos y Crítica Literaria</i>	4.00
R. Menéndez Pidal: <i>Manual de Gramática Histórica Española</i>	8.00
Horacio Quiroga: <i>El Desierto</i>	4.00
Jorge Carrera Andrade: <i>Boletines de Mar y Tierra</i>	2.00
J. Cadalso: <i>Cartas Marruecas</i> . Pasta.....	3.00
Horacio Quiroga: <i>Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte</i>	4.00
Roberto Gache: <i>París Glosario Argentino</i>	4.00
Félix Urabayen: <i>Serenata lírica a la vieja ciudad</i>	5.50
Alice Lardé de Venturina: <i>Belleza Salvaje</i> . (Apreciación del Ministro de Instrucción Pública de Argentina).....	2.25
Félix Urabayen: <i>Por los Senderos del Mundo Creyente</i>	3.50
<i>Demóstenes y Esquines</i>	0.75
Oscar Hertwing: <i>Génesis de los organismos</i> . I, pasta.....	11.50
Oscar Hertwing: <i>Génesis de los organismos</i> . II, pasta.....	11.50
José María de Otaola y Richter: <i>Aborto. Su tratamiento</i>	6.00
E. A. Rheinhardt: <i>Eleonora Duse</i> . Pasta.....	6.00
Rafael Seco: <i>Manual de Gramática Española</i> . Sintaxis.....	1.50
Rafael Seco: <i>Manual de Gramática Española</i> . Morfología.....	1.50
G. K. Chesterton: <i>Cuatro granujas sin tacha</i>	1.25
Salvador de Madariaga: <i>Semblanzas Literarias Contemporáneas</i>	3.00
Vicente Valls: <i>Metodología de las ciencias Naturales</i>	2.50
Gabriel Miró: <i>Figuras de la Pasión del Señor</i>	4.00

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén

Robert, frente a Reimers.

La edad de la Tierra

= De La Nación, Buenos Aires =

No deja de ser extraño el hecho de que, mientras la investigación de lo extraterrestre ha conducido a la ciencia a establecer de un modo cierto las leyes que rigen el movimiento de los planetas y hasta la constitución física de estrellas distantes, aun no pueda responderse en una forma categórica a un problema en apariencia tan sencillo como es el de la edad de la Tierra.

Y no es que los investigadores no se hayan preocupado de él. En el origen de toda cosmogonía está planteado ese problema, y aunque en el decurso de los siglos se le han dado muchas soluciones, lo cierto es que ninguna ha sabido resistir la prueba del tiempo, y una a otra se han sucedido las más encontradas teorías.

Laplace, el notable geómetra, lanzó, como se sabe, una teoría cosmogónica, que ha servido, puede decirse, de punto de partida para las más modernas investigaciones sobre el asunto. De esa teoría, perfeccionada por Faye, se desprendía para nuestro planeta una existencia de 33 millones de años. Pero los geólogos, a principios del siglo presente, sobrepasaban en mucho esa cifra, al asignar a nuestro planeta una antigüedad de cien millones de años.

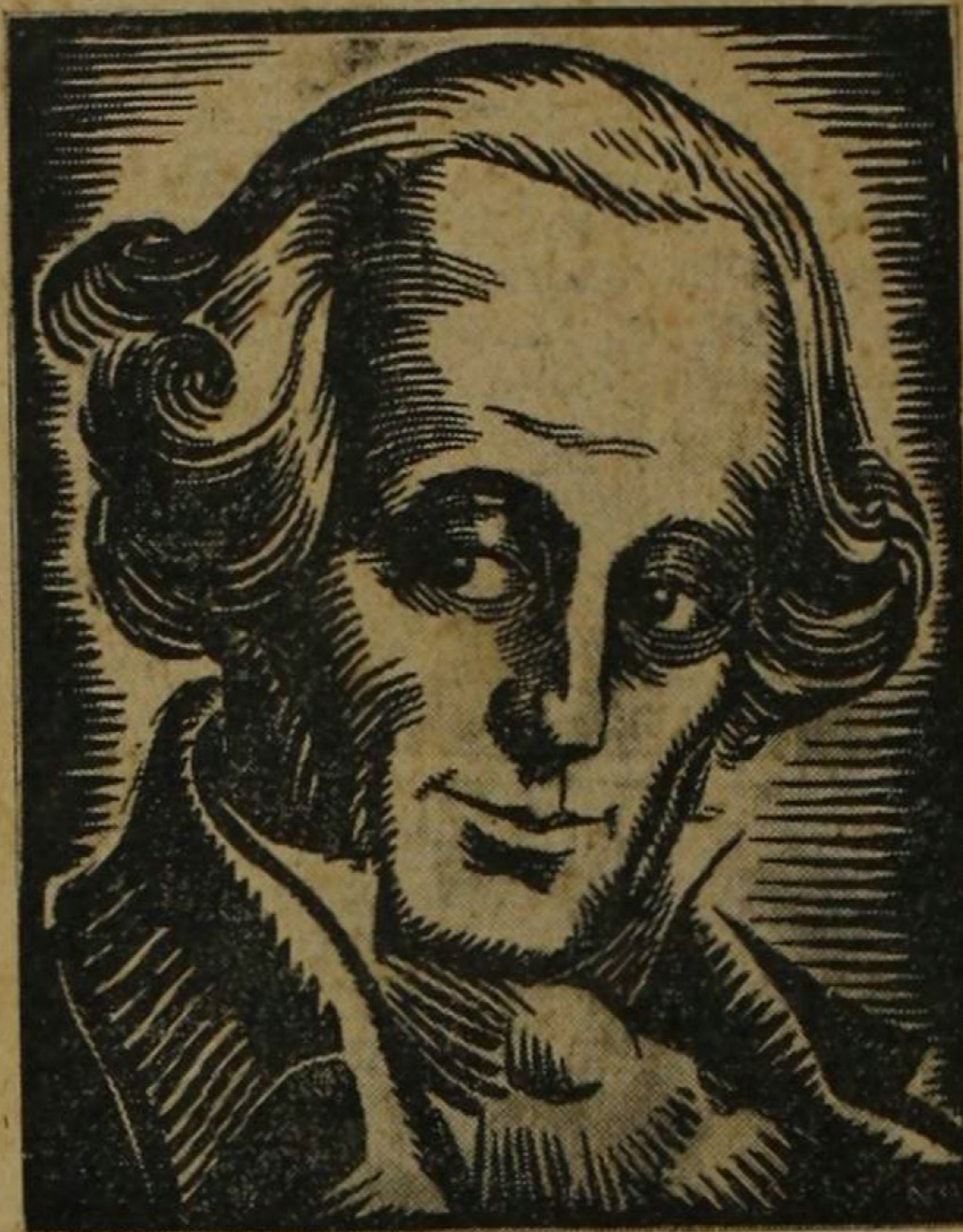
Mucho antes de esto, Lyell, un geólogo ilustre, que floreció a principios del siglo pasado, postuló el principio de que en momento alguno la Tierra había sufrido los grandes cataclismos de que hablaban otros autores, manifestándose partidario de una evolución lenta y apacible. Y admitido este principio, creyó encontrar un indicio seguro para averiguar la edad del planeta en la evolución de los moluscos.

Sabemos que las rocas llamadas sedimentarias están formadas por carbonato de cal, depositado por las aguas desde edades remotas, y que estas rocas contienen fósiles diversos, según los períodos geológicos que en ellas han dejado su huella. Fué esta comprobación la que hizo decir a Voltaire, con tanta gracia como poca seriedad científica, que esos fósiles no eran sino restos de ostras llevadas por gentes que iban a esos sitios en tren de picnic.

Pues bien, Lyell dedujo que el espesor constituía un infalible sistema de cálculo para llegar a estimar la duración total de esos depósitos y establecer, con exactitud, el comienzo de la aparición de los moluscos en la Tierra, y por consecuencia, la edad del planeta mismo. Fundado en estos cálculos, estimó que nuestro planeta tenía 240.000.000 de años.

Pero los geólogos que han venido después de Lyell no pudieron admitir la suposición de que la intensidad de esos fenómenos no ha sufrido variación en el transcurso de los siglos, y, por lo contrario, han establecido que, a medida que envejece, la Tierra sufre una disminución de su actividad geológica, de acuerdo con la teoría de lord Kelvin, apoyada por Darwin, de que en sus comienzos, el mundo ha experimentado cambios extraordinariamente más acelerados que los que se observan en el presente.

Con este criterio, Croll abordó más tarde el problema. Estimó la influencia de los agentes atmosféricos, como las lluvias, los torrentes, las nieves, y en general, todos los fenómenos que se designan con el nombre de



Simón Laplace
Dibujo de Macaya

dinámica externa, y después de maduros cálculos llegó a una cifra total de 72.000.000 de años.

Pero, a medida que se engolfaba en sus estudios, descubría la presencia de nuevos factores, que influían poderosamente en tales cálculos, ya sea en favor o en contra: él había tomado en cuenta la dinámica externa, que arrasa montañas y continentes y traslada mares y tierras; pero no había considerado la dinámica interna, que levanta nuevas cordilleras y convierte las cumbres en abismos y tuvo que terminar con una declaración de derrota tan honrosa como desalentadora, célebre en la historia de la geología: "Parece imposible determinar, con los conocimientos geológicos, la edad efectiva de las rocas estratificadas".

Como para confirmar ese aserto, otros investigadores puestos en la tarea de establecer esa edad por medio de la geología, arribaron a cifras tan opuestas que parecen caprichosas: Sir Russel Wallace la estimó en 28 millones de años; Dana en 48 y Gree en 2.000 millones. . . . Gelkie puso término, en 1892, a esa verdadera puja de alza y baja, demostrando que, según el método que se siguiera, se podía llegar ya a 680 millones, ya a sólo 28.

Por esa misma época, la ciencia dió un paso cuya influencia ha sido trascendental en otros órdenes del progreso humano. Nos referimos al descubrimiento de los fenómenos de la radioactividad hecho por Henri Becquerel en 1894 y cuyos estudios prosiguieron después, con tan singulares resultados, los esposos Curie. De esta nueva ciencia, la radioactividad, se han valido ahora los investigadores para calcular la edad de nuestro planeta.

Sabemos en principio que la radioactividad es la propiedad que tienen determinados elementos químicos de emitir radiaciones. Sus átomos estallan espontáneamente, pierden poco a poco sus electrones, lanzados al espacio como proyectiles tan minúsculos como animados de velocidades tan extraordinarias, y como consecuencia de ese bombardeo continuado, esos elementos concluyen por transformarse.

Así, por ejemplo, el radio, al disgregarse produce lo que se llama "emanación", más un átomo del gas helio. Y esta transformación se opera con relativa rapidez: una masa de radio se transforma por completo al cabo de 18 siglos.

La primera substancia radioactiva conocida, la descubierta por Becquerel, fué el uranio. Refirámonos a ella porque es, precisamente, la que tiene relación con nuestros propósitos. Es sabido que el uranio, por sucesivas disgregaciones, llega a convertirse en plomo. No en plomo propiamente, sino en un elemento muy semejante a él, del que se diferencia sólo en el peso atómico. Así, mientras el plomo común tiene un peso atómico de 207, el del uranio que ha perdido su fuerza de radiación, sólo tiene uno de 206. Este último plomo es lo que se llama un "isótopo" de plomo.

Ahora bien, como esta evolución del uranio y en general de todo elemento radiante se realiza con una velocidad constante y sin que ningún agente exterior—cataclismos, lluvias, vientos, temperatura, presión ni nada—pueda ejercer influencia sobre ella, los investigadores han creído hallar en los yacimientos de uranio una manera inequívoca, casi matemática, de calcular la edad de los diversos períodos geológicos y por consecuencia, de la Tierra.

El cálculo obedece a esta lógica: si en una roca que contiene mineral de uranio se halla plomo de un peso atómico de 206, puede afirmarse que ese plomo proviene de la disgregación del uranio depositado allí en la época ígnea del globo, es decir, cuando nuestra Tierra no era más que una masa candente de materia en fusión. Y como por otra parte se sabe que el uranio se transforma totalmente en 66 millones de años, la proporción no es difícil de establecer. Y así, se ha llegado a establecer que el período precambriano, por ejemplo, se inició hace 1200 millones de años.

Mil doscientos millones de años! Es una suma fabulosa. Y sin embargo, la Tierra es más antigua aun, pues en ese período la vida ya existía con certeza sobre el planeta, de acuerdo con las investigaciones realizadas por M. Cayeux en la Algonquina.

Existía la vida, pero no existía el hombre. Este, como se sabe, hizo su aparición, según todos los cálculos, al final del período terciario, o más propiamente dicho, al comienzo del cuaternario, y este período, según el mismo cálculo, sólo se inició de un millón a un millón quinientos mil años atrás.

Mil doscientos millones de años ha necesitado evolucionar la vida sobre nuestro planeta para dar cabida al hombre. ¿Puede imaginarse siquiera cuántos millares de siglos han debido transcurrir desde que la nebulosa de Laplace empezó a condensarse, empezó a formar la inmensa lenteja planetaria, gaseosa y casi incorpórea, hasta el momento en que, endurecida la costra, germinó en sus mares fecundos la primera amiba, la primera manifestación de la vida animal?

Es lo que la investigación todavía no ha llegado a averiguar. Y es dudoso, dado el estado actual de los conocimientos, que tal investigación pueda hacerse.

Luis Enrique Carrera